

VASIMODO



Buenos Aires, 2.^a decena de Abril de 1921

El Reformismo Georgista, por Saúl Taborda.
Los Tres Enemigos del Alma Moderna, por N.
Canales.

La Novela Roja, por Julio R. Barcos.
Carta Abierta al Príncipe de Gales, por G.
Lansbury.

Mister Hoover, Filántropo, por Freeman.

No confundamos

Advierto que no puedo, ni debo, ni quiero prestar mi concurso personal para actos públicos organizados por los grupitos contra-revolucionarios, así se titulen anarquistas o social-patriotas, que coinciden con el burgués y el socialismo amarillo en su interpretación de la Revolución Rusa. No me siento vinculado ni por afinidades de cultura mental ni por simpatías de ninguna clase a tales elementos cuya labor de propaganda considero francamente perjudicial, reaccionaria y disolvente dentro del campo revolucionario, pues los primeros, por negativos y los socialistas electorales por domesticadores, han sido en estos últimos años las verdaderas adormideras del proletariado, dividiéndolo en nombre de las fórmulas vacías de la doctrina, cuando es necesario, lógico y urgente unificarlo en una sola organización sindical roja para acelerar el derrumbe del capitalismo.

No quiero sorprender a nadie ni ser sorprendido en mi buena fe por nadie, y para evitarnos chascos, espero no ser solicitado en adelante por quienes hacen obra adversa a la mía.

JULIO R. BARCOS.

CUASIMODO

REVISTA DECENAL

Editores: JULIO R. BARCOS Y NEMESIO CANALES



Dirección y Administración: CANGALLO 3047

Precio de suscripción: \$ 3, semestre — Ejemplar: 20 centavos. — Atrasado: 40 centavos

Figuras del proscenio

HERBERT HOOVER: FILANTROPO

por A. C. Freeman

(Del «Call Magazine» E. U.)

Herbert Hoover ha recibido probablemente las loas más extravagantes que se le hayan tributado jamás a ningún americano. Desde que terminó la guerra nuestros liberales se apresuraron a adornarle con todas las cualidades maravillosas de corazón y cerebro que anteriormente se deleitaban en descubrirle a Woodrow Wilson. Él ha sido ofrecido a la admiración pública como el único hombre que ha permanecido fiel a los ideales de la democracia americana en París. Su teatral arrebató de indignación ante el Consejo Supremo, cuando se trató de la restauración de los Hapsburgos en el trono de Hungría, ha sido triunfalmente citado como una prueba de que es un enemigo jurado de la reacción y de todos sus manejos. Los admiradores no se han detenido a explicar por qué un Hapsburgo habría de ser menos deseable que un Horthy; ni tampoco parecen apreciar el hecho de que Mr. Hoover contribuyó al terror blanco húngaro todo cuanto pudo, negándole subsidios a la Hungría Soviet. Estas bagatelas embarazosas en nada preocupan a los liberales, que a todo trance buscan un héroe.

Los admiradores de Mr. Hoover hasta quisieron hacer de él un candidato ideal para la presidencia. Cuando perdió la oportunidad de ser nominado, a causa de haber apelado a un juego político de lo más rudo y estúpido, ellos exclamaron que él era demasiado grande hombre para el cargo y que no podía descender a lidiar con los políticos en su propio terreno. Además, todo su tiempo se necesitaba para su labor de ayudar a Europa.

Mr. Hoover ha sido responsable, más que ningún otro individuo, de la administración de los enormes fondos reunidos en este país para alimentar y vestir a los perjudicados por la guerra europea. La vida misma de millones de hombres, mujeres y niños ha estado pendiente en absoluto de sus decisiones. ¿Cómo ha desempeñado el cargo?

Sólo hay una sola base moral concebible para una labor de la índole de la confiada a Mr. Hoover. Los materiales de auxilio puestos en sus manos, han debido ser distribuidos, hasta donde fuera posible,

en proporción a los estragos producidos por la guerra en las varias regiones de Europa. Permitir que las intrigas políticas pesaran más que las consideraciones humanitarias, era una subversión monstruosa de los generosos impulsos invocados al reunir los fondos. Y esto es precisamente lo que Mr. Hoover ha venido haciendo reiteradamente. Él no ha permitido que ni una sola lata de leche, ni un solo paquete de medicinas llegasen hasta los niños necesitados de la Rusia Soviet. En cambio, ha distribuido liberalmente sus provisiones entre las fuerzas armadas de los contra-revolucionarios que han promovido guerras constantes contra la Rusia Soviet.

Durante largo tiempo Mr. Hoover mantuvo un discreto silencio sobre la cuestión de los auxilios a Rusia. Cabe presumir que él desprecia a sus admiradores liberales, por su blandenguería, por su resistencia a apreciar ciertos hechos, por su insistencia en pretender verlo todo, incluso su propia personalidad, a través de una niebla de fofo idealismo. Sin embargo, no se atrevió a herir su delicada sensibilidad demasiado rudamente al presentarse haciendo una política abierta de exterminio, por el hambre, de los niños y mujeres rusos. Ellos — sus admiradores, — por su parte, han seguido considerando todos los actos del grande hombre como algo sacrosanto, inmune a toda crítica humana. La *New Republic*, órgano principal de los liberales de Hoover, no ha impreso jamás una palabra sola condenando la cínica aplicación de los enormes recursos de la «Administración de los socorros a Europa» al plan de ayudar a la reacción en todas partes. Recientemente Mr. Hoover fué sometido a las persistentes preguntas del Dr. Magnes. El Dr. Magnes no estaba dispuesto a aceptar la bella leyenda de que Mr. Hoover estaba persiguiendo un elevado ideal moral al dedicarse a la alimentación de los niños capitalistas, mientras dejaba morir de hambre a los niños comunistas. Después que el Dr. Magnes hubo demolido a golpes de lógica dos comunicaciones evasivas del secretario de Mr. Hoover, éste se vió por fin obligado a definir su actitud en la cuestión de

los auxilios a Rusia. La carta que sigue, dirigida al Dr. Magnes y suscrita por Hoover, no deja nada que desear en punto a claridad:

«Se ha llamado mi atención hacia diversas comunicaciones que usted ha enviado a esta oficina sobre el asunto de los socorros a los niños rusos. No creo que haya lugar en el mundo donde los niños sufran tanto como en la Rusia bolsheviqui, a causa, naturalmente, del bolshevismo. Sin embargo, yo me alegraría mucho de que usted resolviera este problema a satisfacción del pueblo americano. En cuanto tiene relación con su presente demanda a la «Comisión de auxilios a Europa», debo manifestarle que esta oficina tiene por fin el mantenimiento de los niños que ya están colocados bajo la responsabilidad americana, incluso 200.000 niños rusos, fuera de la Rusia bolsheviqui. En términos generales, le diría, en primer lugar, que no estoy dispuesto a pedirle al pueblo americano que socorra a la Rusia bolsheviqui, mientras no sea posible que los fondos de socorro puedan ser administrados en los mismos términos en que nuestra superintendencia se efectúa sobre ellos en otros lugares del mundo; en segundo lugar, que la organización que dirijo no ha de perjudicar a los americanos, pretendiendo establecerlos en Rusia mientras se mantenga presos a los ciudadanos nuestros en aquel país, sin causa suficiente.

«No obstante esto, si hay americanos que deseen donar dinero en las actuales circunstancias, y si hay americanos dispuestos a ir a Rusia, yo no tengo ni el deseo ni el derecho de oponerme.

«Finalmente, yo llamaría su atención hacia el hecho, establecido por el Departamento de Estado, de que en cuanto concierne a los Estados Unidos no hay nada que impida que el Gobierno bolsheviqui destine su oro a la compra de leche americana para sus niños, con preferencia a distribuirlo en el exterior para alucinar al mundo y producir derramamiento de sangre».

Sería difícil decir más falsedades en una comunicación tan breve. Cuando Mr. Hoover atribuye el sufrimiento de los niños rusos al bolshevismo, pasando por alto la guerra exterior, el bloqueo y la contra-revolución subvencionada, falta a la verdad y sabe que miente. Ningún gobierno del mundo reconoce los sagrados privilegios de la maternidad y de la infancia tan generosa e hidalgamente como el gobierno de los obreros y campesinos rusos. La Rusia Soviet padece de falta de alimentos, vestidos y medicinas a causa de los constantes ataques de los imperialistas internacionales. Pero lo mejor de lo poco que posee, va a manos de los niños. Es solamente en las ciudades de Rusia que se ven letreros con inscripciones como éstas: «Los niños son las flores de la vida», «Los niños son la esperanza del porvenir», «El comunismo es para los niños». Casi todo aquel que ha estado en Rusia durante los últimos tres años, no ha podido menos de mencionar el hecho de la preferencia en la alimentación de los niños. Basta que citemos aquí el testimonio de uno de los agentes mismos de Mr. Hoover que visitó Rusia el verano pasado. Hablamos de Mr. Walker, miembro de la Comisión de socorros americana, quien, en un banquete celebrado por la *League of Three Nations Association*, se expresó en parte así:

«He encontrado en la Rusia Soviet un lema que ningún otro país ha adoptado hasta ahora, no obstante lo mucho que hemos luchado por establecerlo en la Europa Central. Este lema es: «Los niños primero». Los niños vienen antes que el Ejército Rojo. El Gobierno ruso garantiza a toda madre que su niño será alimentado y que obtendrá para él un plato adicional sobre la ración común. Y en todo el país se observa estrictamente la norma de alimentar a los niños con toda regularidad y abundancia. Puesto que los niños ocupan el primer lugar en la escala de racionamiento, su porción nunca ha faltado. Yo he hablado con los niños, he hablado con las madres, con los cocineros de las cocinas públicas, con los Comisionados a cargo de los niños, con las gentes de la calle, y siempre he salido con la misma convicción de que esa su comida suplementaria ha sido siempre objeto de las predilecciones del gobierno».

Mr. Hoover habla de la necesidad de una completa intervención de los americanos en la obra de distribución de los socorros. Es de lamentarse que esta superintendencia no se ejercitara más severamente en el pasado. Un folleto publicado en Helsingfors y suscrito por tres miembros del Estado Mayor de Yudenitch, ofrece pruebas concluyentes de que la harina enviada a Estonia por la *American Relief Administration* fué acaparada y vendida a precios de especulación para levantar fondos con que pagar a los soldados mercenarios de Yudenitch.

La insinuación en la carta de Hoover de que la obra de socorro no podía llevarse a cabo libre y honradamente bajo los auspicios del gobierno Soviet, es otra falsedad manifiesta. Sobre este punto es interesante leer el testimonio de Mr. Wilbur T. Thomas, secretario de la «Comisión de servicio de los amigos americanos», una organización que ha venido, honrada y valerosamente, socorriendo a los desamparados europeos sin atenerse jamás a consideraciones de índole política. He aquí párrafos significativos de una carta escrita por Mr. Thomas al doctor Magnes:

«Hemos hecho nuestro tercer embarque de provisiones de auxilio a Rusia, y han sido distribuidas satisfactoriamente. Un informe de nuestros dos representantes, recibido esta mañana y fechado en Diciembre 16, en el hotel Savoy de Moscú, comunica que ellos han escogido un depósito que pertenece a una sociedad cooperativa rusa donde nuestras provisiones quedarán almacenadas. Trabajando de acuerdo con el «Comisariato de Abastecimientos», nosotros quedaremos libres de distribuir nuestras provisiones a instituciones pertenecientes a varios comisariatos, aunque en primera instancia nos proponemos limitar nuestra ayuda al «Departamento para la protección de la salud de los niños», o a otras instituciones recomendadas por los inspectores médicos. Hasta la fecha nuestras relaciones han sido de las más satisfactorias, ya que a nuestros empleados se les ha dado toda suerte de facilidades para visitar los hogares y distribuir los artículos. Nos sentimos obligados a reconocer que han sido muy bondadosos y equitativos con nosotros, y estamos alegres de cooperar con ellos en todo cuanto podamos».

Los lamentos de Mr. Hoover acerca de los americanos presos sin justa causa en Rusia, son asunto de reirse. Cierta oficial llamado Kilpatrick fué capturado mientras prestaba servicio en el ejército de Wrangel. Un aviador americano que peleaba en el ejército polaco, fué también capturado. Imagináos lo que les hubiera ocurrido a dos rusos bolsheviques que hubieran sido sorprendidos con las armas en la mano en una operación de guerra contra los Estados Unidos!

La última salida de Mr. Hoover no es la menos cínica. Decir que si los bolsheviques destinaran su oro a comprar leche condensada en Estados Unidos para sus niños, éstos no padecerían de hambre, e insinuar que ese oro que no va a los niños rusos se riega por el mundo para alucinar a los pueblos y verter sangre, es quitarse la careta del todo y mostrarnos hasta qué punto puede más en él el feroz odio sectario a una causa que no comprende que su decantado deseo de aliviar a los necesitados de Europa. Si fuera él siquiera la mitad del hombre que sus admiradores nos pintan, aún siendo cierto, que no lo es, lo del oro bolshevique, todavía se guardaría bien de castigar en los pobres niños rusos la

supuesta maldad o vesania del gobierno ruso. Sólo un alma pequeña de político oportunista e hipócrita adocenado como la suya, puede dejar de ver la repugnante crueldad de tal excusa. Pero... ¡ah, Mr. Hoover!, si a ello se agrega el que el oro bolshevique ha sido declarado sin ningún valor en los Estados Unidos por resolución del gobierno, ¿adónde va a parar la respetabilidad de un hombre que hace un arma de ese oro para negarse a cumplir su deber de distribuir socorros a Rusia cuando el gobierno mismo de que forma parte ha despojado el oro de precedencia rusa de todo valor comercial, aún como simple metal acuñable? Y luego... ¡hablar de oro bolshevique invertido en labor sanguinaria, ante el mar de sangre producido en todo el mundo por las torpes e incesantes maquinaciones antibolsheviques de los gobiernos capitalistas!...

Si así, como le acabamos de ver pintado por sí mismo, es Mr. Hoover, el mirlo blanco del Gabinete de Mr. Harding, ¿qué esperar de los otros? Si él, tan puro, tan magnánimo, tan idealista, se nos muestra tan desmedrado, y miope y tan seco de corazón, ¿cuál será el tamaño moral y mental de los otros?

ART E Y V I D A

GUERRA JUNQUEIRO

Guerra Junqueiro se muere. El telégrafo trae la noticia de que su mal avanza; Guerra Junqueiro, el poeta de los altos pensamientos, el cantor de las angustias diarias de los humildes, se muere. Un profundo estupor deja en el espíritu la triste nueva, porque la voluntad de Guerra Junqueiro parecía tan poderosa que habría de vencer hasta a la misma muerte si ésta llegara inoportuna. Y nunca tanto; hoy, el mundo todo necesita del espíritu — una nota grave y sostenida en medio del espantoso concierto — de este hombre que desde hace tantos años viene contándonos con palabra nueva la vieja historia de la ignorancia y de la miseria, la vieja historia trágica que tanto y tan bien conocen todos nuestros hermanos que sufren de la falta de trabajo, de abrigo y de pan.

Guerra Junqueiro se muere... Su palabra áspera, su palabra de hombre que siendo mucho, exige mucho de los hombres, no por inconsciencia, sino por experiencia de lo que cuesta y de lo que vale el esfuerzo humano, es bien conocida de todos los que aman sin egoísmo, de todos los que esperan sin ambiciones demasiado personales. Es el suyo un hermoso credo: justifica la vida que nos ha sido dada, vivir a pesar de todos los dolores, de todas las angustias, es decir, luchar, luchar por algo, querer algo, no importa qué, vencidos o vencedores.

Leyéndole, se siente uno seguro de sí mismo, fuerte, lleno de alientos para realizar, sacudido de fiebre creadora; ha soñado con una generación de titanés de la voluntad y ha hecho cuanto ha podido por formarla. Aquí nuestro Almafuerte luchó por algo parecido, concretando sus ansias en versos duros como él y como él violentos.

«¡No te sientas vencido, ni aún vencido!

¡No te sientas esclavo, ni aún esclavo!»...

El bardo argentino se marchó sin que sus compatriotas le escuchasen, sino a medias, ¿habrá de irse también Guerra Junqueiro, cuando Europa entera empieza a contestar a su llamado?...

Quizás; pero sus palabras han de oírse repetidas y renovadas muchas veces, por otras lenguas y otras mentes. Son palabras duras, violentas, amargas, porque son palabras de verdad, que nos muestran a veces el feo reverso de nuestros caprichos pueriles, que preocupan y perduran tenaces en la memoria, haciéndonos meditar sobre el eterno problema del dolor del pobre, son palabras llenas de emoción, arrancadas de la vida miserable y oscura que cantan.

Guerra Junqueiro se muere, es verdad; pero su pensamiento queda viviendo en nosotros.

PILAR DE LUSARRETA

KORNGOLD: UN SEGUNDO MOZART

Por FRANK HARRIS

(Del «*Pearson's Magazine*»).

Los prodigios infantiles ni están en mi línea, ni son muy de mi gusto. Por un Mozart que llega a ser un verdadero maestro a los 16 ó 18 años, hay miles de talentos párvulos que provocan la admiración atónita de los estúpidos.

Pero Viena ha sido siempre un gran centro de música y la vida musical nunca ha alcanzado allí mayor intensidad que en estos últimos días. En este momento encontráis residiendo en Viena a Richard Strauss, Franz Lehar, Oscar Strauss y gran número de excelentes directores de orquesta.

Uno entre ellos, Erich Wolfgang Korngold, que ahora sólo tiene unos veintitrés años, goza de la fama de ser un nuevo Mozart. Su nueva ópera, «La Ciudad Muerta», fué estrenada el 10 de Diciembre en la Opera Nacional, después de haber obtenido un éxito ruidoso en Hamburgo y Colonia.

Korngold nació en 1897 en Bruenn, capital de Moravia, que ahora forma parte de Checoslovaquia. Siendo aún de cuatro años, su padre, el doctor Julio Korngold, un crítico musical bien conocido, se trasladó a Viena.

«Yo había ya, — dice el mismo Korngold, — comenzado a tocar el piano por puro placer. Como que Hanslich me llamaba bromeando algunas veces «el pequeño Mozart».

«A los seis años empecé a tomar lecciones, y a los siete ya conocía bastante teoría y me iniciaba en composición. A los diez años me daba lecciones de contrapunto el viejo Robert Fuchs, el compositor amigo de Brahms, y a los doce Alejandro Zemlinsky me instruía en pianoforte y composición, enseñándome también, durante los últimos cuatro meses de sus clases, algo de orquestación.

Cuando cumplí trece, me hallé sin Zemlinsky, que se fué a Viena, y desde entonces, a excepción de un año de estudio con Hermann Gradener, no he vuelto a tener más maestros».

Preguntado acerca de los clásicos que han ejercido sobre él más influencia, Korngold respondió:

A Brahms le profeso predilección muy especial. En cuanto a Wagner, lo he saltado del todo. Debo hacer constar que de los clásicos pasé directamente a los maestros ultramodernos, tales como Richard Strauss (en Salomé), Gustavo Mahler, cuyas sinfonías hicieron en mí una honda impresión, los últimos franceses, de los cuales Dukas y Carpentier me

atrajeron particularmente. ¿Que cuáles fueron mis primeras composiciones? Cuando tenía unos doce años, compuse mi Sonata número 1 para piano, y cuatro piezas más, entre las que figuran «Cervantes» y «Don Quijote».

«El Empresario» se representó primeramente en Viena, en Octubre de 1910 y luego ha sido puesto en Alemania más de treinta veces.

«Mis obras que han logrado más éxito, han sido las orquestales y especialmente las óperas. A los catorce años estrené mi ópera «Schauspiel», y un año después «Sinfonietta», en cuatro movimientos. Mi primera ópera cómica «El anillo de Polykrates» la terminé a los diez y seis años, y al año siguiente compuse «Violanta», de carácter trágico. Ambas fueron representadas por primera vez en Munich, 1916, y fueron puestas desde entonces tantas veces en toda Alemania, que, a excepción de Richard Strauss, soy el autor que ha representado más en aquel país».

En tanto que «Violanta», que se desarrolla en la antigua Venecia, es sombría, llena de pasión y de fuerza, y requiere una grande orquesta, «El anillo de Polykrates» es una de las más encantadoras e ingenuas comedias musicales. En esta obra, el autor muestra ingenio, humorismo, alta belleza de expresión, y se vale de una orquesta pequeña, aunque extraordinariamente brillante.

Korngold posee una gran fuerza de caracterización, nervio dramático, fuerte instinto teatral y una fresca y rica inventiva. Domina soberbiamente los recursos orquestales y conoce perfectamente las necesidades de los cantantes.

«¿Que dónde y cuándo adquiero mis ideas? Donde quiera, sea en la ciudad o en el campo, pero trabajo mejor en el verano. Por regla general, a fines de Abril se me ocurre el nuevo tema capital; luego me pongo a trabajar hasta Diciembre. Así me sucedía cuando era un muchacho de escuela, y he seguido la costumbre».

«Me pregunta usted sobre mis planes para el futuro. . . Bien. Después que termine en Viena con «La ciudad muerta», iré a Hamburgo donde dirigiré una serie de representaciones de mis óperas, en el Stadtheatre, y haré además otras cosas de acuerdo con mis propias ideas, y en una nueva mise en scene. Aparte de un nuevo quinteto para pianoforte, estoy componiendo otra ópera».

- AQUILATACIONES -

LOS TRES ENEMIGOS DEL ALMA MODERNA

Nunca ha estado el espíritu del hombre tan en peligro como en los días que corren. Basta pensar, para apreciar esto, en el papel que desempeñan en la vida de todo quisque, estos tres artículos de primera necesidad: el periódico, el cinematógrafo, el teatro.

Nos hallamos en Buenos Aires. Miremos bien en torno nuestro. ¿Qué vemos en materia de periódicos? Ahí están los diarios de la mañana, los diarios de la tarde. ¿Qué dicen, qué mensajes nos traen del mundo exterior? Veamos.

En primer lugar, los cables, en los de la mañana.

Son muchos, son de una abundancia abrumadora, y parecería que leyéndolos se pondría uno diariamente en contacto con todo lo que hay de movimiento, de marcha, de latido, de jadeo, en el alma convulsa del mundo. Leamos. «Actualidad política y social de España». Este es el título de una sección que nunca falta. Y uno piensa: Aquí voy a hallarme con lo más interesante de la realidad española actual. Pero... ¡ay! Aquí de los versos llorosos de Acuña: «Camino mucho, mucho, y al fin de la jornada...» Al fin de la jornada... lo de ayer, lo de antayer, lo de siempre. Que si la Cierva dijo o no dijo... ¿Qué demonios puede decir la Cierva, jamás, que valga la pena? Que si la Cierva, que si Allende Salazar, que si Sánchez Guerra, que si Maura, que si el ministerio conservador, que si el liberal, que si sale Perico y entra Juan, o sale Juan y entra Perico. Y en tanto, la verdadera realidad española, la honda, la trágica, la de Unamuno, la de Araquistain, la de Baroja, la de los estudiantes, la de los obreros, la de los pintores, la de los agitadores, la España viva, en fin, que tiene un camino que andar y lo está andando ya, rápida o lentamente... de esa España, ¡nada!

Y nada tampoco de Italia. Porque, ¿quién que no se pierda nunca un solo cable de los de la *Associated*, la *United* o la *Havas*, puede exprimir del clisé diario italiano que sirven estas agencias, nada que autorice a decir: Sé lo que piensa, sé cómo vive, sé qué color tiene la Italia de hoy? ¿Qué sucesos, qué figuras, qué cosas son las que pasan por la monótona pantalla de estas agencias cablegráficas? Precisamente las de menor importancia, las más desconocidas, aquellas cuyo contenido ideológico es tan pobre que produce sueño.

Y si de Italia pasamos a Estados Unidos... ¡horror! ¿Cuántas veces a la semana nos vemos obligados a desayunarnos con la misma baba mental caída de la boca gárrula de ese invertebrado, neblinoso y casi inexistente Mr. Harding? ¡Dios mío!, que nos digan en buen hora lo que ocurrió de particular a un la Cierva, a un Harding, a un Poincaré, a uno cualquiera de estos absurdos hombres fofos que aún quedan al frente de los destinos humanos; que nos digan si enfermó, o se batió, o se cayó, o entró o salió, o lo partió un rayo, o... ¡en fin! cualquiera cosa de esas que sea un hecho, un hecho concreto donde fijar la atención. Pero que nos cuenten *ce* por *be* lo que *pensó*, lo que *dijo* un infeliz alfabeto de estos cuya mentalidad es la de un pavo o un caracol, es el colmo de los atropellos. Y si al menos nos lo contarán una vez... Pero no, son cien y mil las vueltas y más vueltas que les dan todos los días las condenadas agencias a esas cosas piramidales... («tengo entendido que nuestras relaciones con Sur América han de ser cada vez más cordiales», «veo con regocijo que la situación mundial tiende a normalizarse»... «de la buena armonía entre el trabajo y el capital, depende el éxito de nuestra industria»... etc., etc., etc.) — que los solícitos y plúmbeos corresponsales sorprenden en la invariable e inevitable explosión de idiotéz de los estadistas trogloditas que, por una sangrienta ironía de la historia, manejan ahora los grandes asuntos de los grandes pueblos.

Pero, fuera de los cables, puede, ¿no?, que haya otras cosas de enjundia en los grandes diarios matutinos. A ver. Ya hemos mirado. ¿Qué hemos hallado? Paja. Notas parlamentarias, mero reporterismo rutinario; notas policiales; notas sociales; alguno que otro artículo de colaboración en que muy de raro en raro se percibe un tímido arrebol de pensamiento. Grandes firmas, firmas consagradas, firmas de alto copete oficial. Los Poincaré, los Niti, los Hanoteaux, los Max-Nordeau; mucho lustre pero ninguna lumbré, porque ya es sabido que el gran sello oficial no cae jamás sobre lo que tiene alas de rebeldía, sobre lo que tiende a empujar el carro de la vida hacia el sol de mañana. Y el viaje es largo desde la primera hasta la última página, y uno está cansado y le duelen los ojos... pero en ningún momento del viaje nos hemos podido detener ante ninguna cosa que compense del tedio atroz de tanta borra.

Pero... ahí están las revistas. Ahí está la... el... no las mencionaremos; ¿para qué, si todas son iguales, si todas dan la misma nota? Todas elegantes de formato, todas repletas de ilustraciones llamativas, todas rollizas de información gráfica y literaria de la actualidad. ¿De la actualidad, habéis dicho? Sí; pero ¿de qué actualidad? ¡Ay! de la más trivial, de la más adocenada y cursi. La señorita que se casó, el caballo que ganó, el diputado o doctor que deslumbró a sus oyentes con la declaración *atrevida* de que «el día es más claro que la noche», o que «el polo es más frío que el ecuador», la venida resobada del gran Alfonso XIII, etc. Tienen, sí, un gran afán de amenidad estas revistas; no dejan escapar ninguna nota que suministre pasatiempo y recreo a sus lectores. Pero, ¿es que hay en el mundo nada más aburrido que la amenidad periodística? ¿Qué es esa amenidad, sino trivialidad, ausencia de sensibilidad y comprensión ante el lado serio y real de la vida? ¿Y a quién que no esté muerto puede interesarle lo que, a fuerza de huir del tumulto humano donde está el drama nuestro, el drama de todos, para sólo resbalar sobre la superficie, no nos saca jamás de ese círculo infernal de las frivolidades convencionales en que toda la necesidad humana se viene acumulando por siglos de siglos?

Pensando en la índole de esta clase de prensa, se me ocurre preguntar: ¿por qué leemos estas revistas? ¿por qué si nada contienen que no sea ameno, esto es, trivial, esto es, tonto, ruín, tedioso hasta tumbar de espaldas, no nos hacemos pagar por leerlas en vez de pagar nosotros?

En realidad el papel de estas revistas no consiste en proporcionar lectura al lector, sino un vehículo de propaganda al avisador. A ellas no les importa gran cosa el atraerse lectores; lo que les importa por encima de todo es conquistarse anunciadores. Su negocio no está en colocar tantos o cuantos ejemplares, sino en captarse el favor de tales o cuales anunciadores. En suma, ellas no están en el mundo para servirle al ansia de lectura del público, sino para servirle al anunciante, que es el que las trueca de pobres en ricas. A un director de una de ellas, le dije yo, muy candorosamente, hace algunos días: — Si ustedes le prestaran atención a

Lima, — donde no hay revistas, — alcanzarían allí una gran circulación. — El se echó a reír y me contestó: — ¿Pero usted no sabe, amigo, que a nosotros no nos conviene circular ni con un solo ejemplar más? — ¿Por qué?, — pregunté yo asombrado. — ¡Oh!, pues porque nuestra ganancia no está en vender más ejemplares, al contrario, cada ejemplar más nos significa una pérdida: nuestro negocio está en el aviso y, en cuanto a éstos, ya hemos llegado al máximo de precio...

Estas palabras brillaron como un relámpago en el abismo de mi candidez. Estos periódicos — me dije — no son tales periódicos en el sentido clásico de la palabra: son simplemente empresas de avisos. Y es claro, su material de lectura no puede ser sino como es, insustancial, baladí, sin olor, ni sabor, ni color determinado. Porque si así no fuera, es evidente que se expondrían a chocar, por aquí o por allá, con los intereses o preocupaciones de éste o de aquél importante anunciador. Por consiguiente,

mientras más anodinos sean, menos chocarán y más anunciantes tendrán.

Ahora bien. ¿no es horrible pensar que haya millones y millones de almas — hombres, mujeres y niños, — que por único alimento espiritual no cuentan sino con esta misera e idiotizante bazofia? ¡Y todavía se les paga, todavía les pagamos, encima, por tomarnos de viles instrumentos para su jugoso negocio de anuncios; por poner, como ponen, entre nosotros y el mundo la tapia formidable, la odiosa, la fétida muralla de grasa de su mediocridad! Ya que necesitan lectores, porque a mayor tiraje mejores anuncios, ¿por qué, pues, no los pagan?

Pero con todo y ser tan malo esto de los periódicos, aún quedan cosas por ahí mucho peores: aún queda el cinematógrafo, aún queda el teatro, otros dos espantables enemigos del alma, de que pienso decir también alguna cosa, — para que no se enojen, — en el número próximo.

NEMESIO CANALES

Política Educativa

NUESTRA SALOME UNIVERSITARIA

Todas las fuerzas regresivas del país se han movilizadas contra la Reforma Universitaria. La carga ha sido llevada con todo el arsenal de guerra de que dispone el jesuitismo argentino contra el baluarte más firme de la Reforma: el Colegio Nacional de La Plata.

Es demasiado desigual el combate que tiene que librar un puñado de reformadores acompañado de una legión de bizarros muchachos, contra las enormes hordas negras del conservatismo en acción. El enemigo tiene todas las armas y todos los poderes: la prensa capitalista, el clero, y quien dice el clero dice las mujeres, (nuestras hermanas, nuestras esposas, nuestras madres), los políticos, los burócratas, los escribas y levitas de nuestra pseudo intelectualidad, y por si todo eso fuera insuficiente, los fusiles y los jueces.

Y sin embargo, la batalla fué aceptada. ¿No nos cuenta la historia que allá en la antigua Grecia hubo un general tan intrépido como inteligente llamado Temístocles, que batió a trescientos mil persas con sólo diez mil atenienses, dejando así demostrado al mundo que una legión de hombres civilizados puede batirse triunfalmente con enormes hordas de bárbaros?

La historia se repite en el campo de esta contienda educacional trabada aquí entre los hombres que se empeñan en adaptar los instrumentos de la cultura pública a los grandes cambios de la vida social contemporánea, para que no quedemos los argentinos fuera de la corriente de las ideas universales del siglo, y los que se prenden con uñas y dientes a la chaqueta de los innovadores para que no saquen

la enseñanza del sarcófago tradicionalista en que se educaron ellos y sus abuelos.

Al Dr. Saul Alejandro Taborda, rector del Colegio Nacional de La Plata y portaestandarte de la Reforma, le toca desempeñar en esta emergencia el papel de nuevo Temístocles trezado en eterna pelea con los inacabables persas del reaccionarismo.

Así lo vemos luchar desde el comienzo del conflicto universitario que le urdieron en La Plata, cayendo el principal conspirador y jefe de la Universidad, doctor Carlos F. Melo, en sus propias redes, hasta hoy en que el nuevo Consejo Superior Universitario echándole una traidora zancadilla, lo acaba de separar de su puesto, no obstante haber dictado un veredicto de inculpabilidad sobre el mismo, a raíz del informe de la comisión investigadora, la cual afirma que todos los cargos atribuidos al doctor Taborda son falsos e inexistentes.

Pero el delito de que en el fondo de su conciencia acusaban al doctor Taborda los miembros del Consejo Superior, no era en realidad, el de la incompetencia o competencia docente y directiva (hay tantísimas mulas con anteojeras académicas diseminadas por el favoritismo político en nuestros planteles de la enseñanza...), sino el delito de herejía que se castigaba antes con la cruz o la cicuta, el patíbulo o la santa hoguera y actualmente con leyes de defensa social o destitución de los cargos públicos: el terrible delito de *innovar*, de *crear* valores nuevos, de herir en el corazón a la rutina y en el bolsillo a los mercaderes que viven de ella,

Bien, señores miembros del nuevo Consejo Superior compuesto de individuos de la misma hechura

mental y moral del señor Melo, ya tenéis vos ahí, ¡oh, divina Salomé Universitaria, la cabeza del Bautista; regocijáos, pero... ¡cuidad al mismo tiempo de la vuestra!

Aún cortando la cabeza del líder no decapitaréis la Reforma, porque para ello necesitaríais matar el alma de la nueva juventud estudiantil convertida a su vez en heraldo, en líder, en vanguardia de la Revolución cultural de la República.

Vuestro atropello a la justicia es una maniobra que tiene la virtud de poner en descubierto vuestro juego.

Ello contribuirá a tener alerta a la legión juvenil que defiende la Reforma Educacional, y no olvidéis que ella lleva consigo un estandarte de luz y de esperanza con este lema inmortal: «¡Atrás los muertos; paso al porvenir!»

Veremos quién vence, si Ariel o Calibán; si el dogma o la razón; si la libertad o el autoritarismo; si lo viejo, lo estéril, lo averiado y lo enfermo, o lo nuevo, lo joven, lo original, fecundo y hermoso.

Es verdad que en nuestra paupérrima cultura criolla hay todavía por cada ateniense del nuevo pensamiento diez mil persas del obscurantismo, pero también es verdad que alrededor de esta noble enseña empiezan a movilizarse muchas inteligencias nuevas, hasta ahora dispersas y desconocidas, que no tardarán en crear la luz en la conciencia nacional haciendo que hasta los ciegos vean y los sordos oigan.

¡Adelante, noble juventud pensadora, sólo vos sois invencible y el porvenir es vuestro!

HERMOSA EMPRESA DE LA JUVENTUD

Asistimos, indudablemente, a un renacimiento intelectual en el país. Un verdadero despertar del sentimiento idealista de la raza afiebra hoy el espíritu de esta nueva generación. ¡Y, qué curioso fenómeno: mientras los intelectuales maduros se entretienen todavía en trivialidades literarias o bagatelas políticas, los jóvenes se preocupan de los problemas más serios de la vida argentina!

Ejemplo. De un grupo de jóvenes universitarios, estudiantes normalistas y de colegios nacionales, ha nacido a raíz del conflicto universitario de La Plata, la creación de un «Comité Pro Afianzamiento de la Reforma Educacional», organismo corporativo de carácter esencialmente dinámico que ha empezado a poner a contribución la actividad de todas las inteligencias libres, sin distinciones de clase ni sexo, que se encuentren en su misma disposición de ánimo, para producir en toda la República un intenso y vasto movimiento de opinión en pro de una reforma total de nuestros viejos sistemas de enseñanza, tanto en la escuela primaria, como en la secundaria, especial y universitaria.

He aquí claramente sintetizado en tres cláusulas el ideal educativo que persigue dicho Comité:

1.º Combatir toda manifestación del organismo educacional que tienda a perpetuar contra el espí-

ritu de la época el carácter de *instituciones de gobierno oligárquico y de clase* que hoy predomina en la Escuela Argentina.

2.º Luchar para que la educación cumpla su verdadera finalidad ética, que no es otra que la libertad del hombre y no sea una sistemática domesticación de los espíritus para plegarlos a los intereses de los dogmas imperantes.

3.º Afirmar como principio básico de la Reforma efectiva que el gobierno de las casas de estudio debe pasar totalmente a manos de los hombres jóvenes que se sientan servidores del espíritu libre y que sin estar trabados en su acción por intereses creados y bastardos compromisos políticos, se consagren hondamente a la obra cultural que nuestro pueblo reclame.

¿Qué agrupación intelectual o partido político del país, ha enarbolado hasta ahora una bandera más bella y más redentora para el pueblo de la República, que esta flamante corporación juvenil, empeñada en hacer de la instrucción pública la principal preocupación nacional?

Quiénes quieran asociar, espontáneamente, su nombre y su esfuerzo a tan fecunda campaña, pueden hacerlo dirigiéndose al Comité Local, calle Corrientes 2038.

NUESTROS COLABORADORES

EL REFORMISMO GEORGISTA

I

Ocurre con mucha frecuencia que cuando un pensamiento determinado consigue interesar a buen número de personas, se lo apropia la política militante para someterlo a su uso particular. Suerte precaria semejante, en diversos aspectos, a la que el destino depara al tesoro del avariento que es el de liquidarse en las manos del heredero pródigo y libertino. A veces es un solo partido el que con-

sigue su monopolio; en ocasiones son dos, o tres, los partidos que se disputan esta especie de derecho de primer ocupante. Todo depende del mayor o menor grado en que el pensamiento haya conseguido interesar a la opinión pública; pues, en esto, como en toda cosa donde rige la ley económica de la demanda, acontece con las producciones intelectuales lo que con las producciones de la fábrica o de la industria. Huelga advertir que lo que en realidad importa en estas querellas, nunca es la esencia misma

de la doctrina, por más que se la esponga y que se examine su autenticidad en largas polémicas y en alegatos abogadiles, sino su eficacia práctica, su utilidad inmediata como artículo de programa de acción en vísperas de elecciones. Exigir mayor esfuerzo mental a las desinteresadas corporaciones que se han impuesto la loable empresa de hacer efectiva una idea, sería tanto como querer convertirlas en academias. El sentido común enseña que si el negociante en aceite de bacalao se detiene a demostrar científicamente la bondad de su mercadería, no lo hace tanto por puro amor a la ciencia y a la humanidad, cuanto por puro amor a la ganancia que espera de su negocio. Lo cual es muy justo, después de todo.

A virtud de esta actividad específica los partidos políticos han adquirido una peculiar e inconfundible fisonomía. Ajenos a las inquietudes espirituales, trafican con ellas como piratas, inmunes a todo contagio, inaccesibles a toda influencia. Una incompatibilidad que parece provenir de la naturaleza misma del oficio, los fuerza a ser siempre extranjeros en todo mundo interior: basta pasar una sola vez por un comité para convencerse de que el muy tonto de Berkeley, con todo y ser Berkeley, no habría triunfado nunca en la más modesta candidatura a diputado. Esto no quiere decir que no les importe el trabajo mental; muy por el contrario. No conciben ideas, pero viven de ellas. Si ignoran eso que los filósofos llaman juicio de valor, no ignoran, en cambio, que toda idea tiene un valor. En esto se parecen a los libreros, que no escriben libros, pero los venden. Ninguna teoría los coge de sorpresa y sin entusiasmos. Todo lo que han menester las concepciones espirituales para ganar sus favores y adquirir vías de difusión, es que hieran, agiten, conmuevan el fondo vivo de la conciencia social, de tal suerte que los sufragios que ellas conquistan se pueden contar, medir y pesar como tales en las faenas electorales. Naturalmente, se prefieren siempre aquellas para cuyo «triumfo» no se requiere el empleo de medios violentos, sino un proceso de evolución dulce y sosegado. Cuando más dulce y sosegado, mejor. Y cuando más nutridos de etapas y ciclos de esos que postergan la efectividad de un anhelo común hasta las calendas griegas, mejor todavía. Ningún éxito ha superado al ascetismo cristiano que promete todos sus bienes en la vida supraterránea. El partido es el cliente obligado de un único y gran mercado que se llama Parlamento, y al Parlamento es necesario llevar las cosas ordenadas y preparadas para el uso doméstico de gobernantes y gobernados. Por eso el partido promete leyes, no hechos. ¿Qué sería de él y de su programa el día que el Parlamento le cerrara sus puertas? Pedir que sostenga tesis, como la de Sorel, para citar alguna, sería, pues, pedirle que se suicidara. Por aquí se explica la actitud de la reciente reunión socialista de Bahía Blanca. Las personas allí congregadas pueden creer con entera fe que el marxismo de Lenine es más auténtico y verdadero que el marxismo de Carlos Kautsky, pero al no adherirse a esa violenta internacional de Moscú, han obrado con la sobria prudencia con que debe obrar un partido que tiene menos compromisos con la doctrina que con los afanes del comité. Salvados estos pequeños inconvenientes, quien quiera hacer el recuento de las ideas elaboradas por nuestra civilidad, no necesita acudir a los diálogos de Platón, tan largos como engorrosos, sino a la plataforma de cualquiera de las bandas gregarias que hacen oficio de resolver los más arduos problemas atingentes a la vida de los Estados. Ahí están todas las que ha producido el espíritu humano. Políticas, económicas, religiosas, científicas, pedagógicas; todas están ahí, encasilladas, clasificadas con sus rótulos respectivos. Faltaba el amor, que resulta ser como de los sentimientos eternos y universales, pero pronto será incorporado al elenco. Inglaterra, al «otorgar» el derecho de voto a siete millones de mujeres, ha dado el espectáculo de la flecha de Cupido atravesando la boleta sufragista de Lady Pankhurts... Extraño que la novedad no venga de Norte América, que es el pueblo que mejor sabe unir lo útil a lo agradable. Todo está ahí. Todo, menos una sola cosa, cuyo difícil aprendizaje la sustrae al conocimiento vulgar: la ética de Spinoza...

No pretendo convertirme en decidido e irreconciliable adversario de los partidos. Estoy presto a reconocer que son necesarios, sobre todo mientras no se apoderan del

mando gubernativo. Si la idea se define como noción para organizar lo real y para orientar la acción de los hombres, nada más justo que éstos se valgan de ellas para sus fines. En verdad, no hay nadie que no proceda de acuerdo a ideal concebido por él o por otro. La luz de su pensamiento guía los actos humanos como la luz de una estrella guía en la noche los pasos del peregrino. No se trata de negar lo legítimo del expresado designio. No se trata, tampoco, del uso y del abuso que los partidos políticos hacen de todas las manifestaciones de la conciencia social con subalternos fines utilitarios. El punto en que yo reputo inaceptable y delictuosa su actividad, radica en la función enervadora que realizan so capa de realizar ideales y aspiraciones. Son como pararrayos plantados en lo alto de la estructura social: toda conciencia histórica descarga por ellos. Tan presto como la voluntad de un pueblo se apresta a realizar el salto vital para resaturar los valores mediante los cuales se realiza el destino del hombre, los partidos políticos se apresuran a desviar el golpe de suerte que no hiciera el orden establecido. Canalizan toda energía, domestican todo empuje, derivan todo torrente, suavizan toda fiereza, engañan y postergan todas las aspiraciones humanas. La revolución rusa ha sido posible gracias a la ausencia de derivativos parlamentarios que dejó expedito el camino de la violencia a la conciencia histórica del pueblo. La Duma fué ineficaz para canalizarla. Lo que la burguesía de la Europa occidental lamentará en todo tiempo, es la tardanza con que llegara el régimen de Kerensky. La vez que Inglaterra se ha sentido inquieta ha sido, sin duda, aquella en que sus obreros se declararon prestos a prescindir de la acción política para alcanzar sus designios. Teme más a esto que a sus propios competidores navales. Se está tentado de afirmar una vez por todas que si no existieran estos rodajes de la estructura vigente, la conciencia social se impondría con la certeza y la plenitud con que el espíritu forja los ideales orientadores.

Ningún partido político ignora que una idea no puede ser realizada completamente, pero promete su plena realización a condición de que se le permita dirigir el asunto según su arbitrio. En realidad, todo el secreto de estas agrupaciones reside en esta suerte de abdicación del juicio y de la voluntad que la disciplina partidista impone a sus adherentes. ¿Qué cómodo y qué fácil es encomendar a otro, diputado, senador, concejal, mandatario siempre, que realice en la experiencia las ideas, las aspiraciones y las necesidades que nos torturan el espíritu! El día que nadie quiera abdicar de su voluntad, señalará el fin de todo partido. Nada anuncia ese día. Mientras tanto hace siglos que la Iglesia y los partidos católicos y protestantes viven prometiendo que «realizarán» el cristianismo; la crítica de Marx sigue dando razón de ser al reformismo socialista más diversificado; los bandos nacionalistas explotan el sentimiento de patria en las puertas de los comicios; y todos los *ismos* nacen y van a morir en los sillones del Parlamento.

II

El favor, aparente o real, que algunas gentes dispensan a las disquisiciones económicas de Henry George, no tardará en ser aprovechado por algún partido político. Actitudes sintomáticas observadas en distintos lugares, acusan ya este designio. En Córdoba, una fracción del radicalismo se aventuró, en ciertas elecciones, con el impuesto único como bandera de lucha. No le acompañó el éxito; pero el fracaso definitivo no existe para una idea. Los *singletaxers* de Buenos Aires, que no son muchos aún, van a probar fortuna a su vez. Un manifiesto de desmesurada extensión anuncia el advenimiento del nuevo partido, — que se llamará Liberal Georgista, de acuerdo a la voluntad de sus fundadores, — y expone al detalle las proposiciones concretas que someterá al fallo de la opinión nacional y a la suerte de los comicios.

Esas proposiciones han sido tomadas con plausible fidelidad de las obras del pensador norteamericano. Todos los males sociales derivan del hecho de que unos hombres son dueños de la tierra y otros no lo son. He aquí la verdad central de la buena nueva. Partiendo de este principio de solidez tan sencilla como elegante, la agrupación

por nacer afirma como axiomático «que la tierra y demás bienes naturales que no son obra del trabajo humano (minas, bosques naturales, aguas, etc.), no debe consentirse que sean poseídos en propiedad por ningún particular, familia o institución» que no sea el Estado, único terrateniente admisible en la nueva comunidad. El Estado regulará las actividades sociales por medio del dominio que le atribuye la doctrina, garantizando «a todos los ciudadanos la ocupación y usufructo, por tiempo indefinido, de la fracción de tierra urbana o rural que ocupen, mientras vivan y paguen una renta cuyo monto será fijado por la libre concurrencia». Redimida la tierra y hecha accesible a todos los seres humanos que se encuentran «oprimidos y envilecidos», se dulcificará de inmediato la ley del salario y se modificarán favorablemente las condiciones del trabajo, pues todos «tendrán abierta la posible opción de trabajar ventajosamente en el campo». En el campo o en el subsuelo, puesto que nada impide aquí un inesperado retorno a la edad de los trogloditas. El manifiesto añade a su preocupación esencial artículos accesorios extraídos del liberalismo manchesteriano, — abstención estadual en las actividades de los individuos, libre cambio absoluto, supresión de monopolios y privilegios, — pero, bien vistas las cosas, son simples rellenos de plataforma que, en este caso, tienen la ventaja de acentuar el carácter individualista que se atribuye a la opinión del maestro. La tierra lo es todo. Es el Santo Sepulcro que la nueva fe se propone rescatar de las garras de los sarracenos latifundistas.

¿De qué manera? Un partido político no puede ofrecer más que una: la ley. La ley establece «la forma gradual y pacífica de proceder para aproximarse a la solución definitiva del problema territorial». Negada la legitimidad de la propiedad privada de la tierra, nada más propio de un partido que convocar una convención nacional para que modifique la Constitución y ponga término al régimen imperante.

Difícilmente se habría podido encontrar una doctrina más apta que la de George para servir de bandera a la actividad práctica de la política militante. El mismo George era un político sin mesnada. De su opúsculo intitulado: «La condición del trabajo» trasciende un vivo deseo de utilizar las franquicias constitucionales para hacer llegar al Parlamento sus opiniones.

Favorecido por las especialísimas condiciones de su país, aligerado, en su tiempo, de tradiciones jurídicas y de costumbres inmemoriales, pudo llegar sin dificultad a la convicción que la propiedad privada de la tierra es una injusticia incompatible con el destino del hombre, y, menos ambiguo que Spencer, pudo afirmar de modo rotundo que la solución de los problemas sociales consistía en hacer común esa propiedad. Frente al escollo en que se habían detenido siempre los pensadores de Europa, que es la noción de justicia que emerge de la secular apropiación particular de la tierra, a mérito de la cual ha parecido contrario a derecho la confiscación lisa y llana del bien raíz, George no titubeó un instante en negar todo derecho a indemnizaciones. «No tienen derecho a nada ¡vive Dios! — exclama en un ímpetu de expresión. — Si la tierra de una nación pertenece al pueblo de esa nación, ¿qué derecho, según la moral y la justicia, pueden tener a la renta los llamados propietarios?» Rebasó así las normas romanas consagradas por largos siglos de usurpación quirritaria y expresó con fidelidad, sin casuismos, sin teología, sin premisas ni silogismos adoquinados a lo largo de fatigoso discurso, el contenido viviente, robusto, pleno, incontaminado, de la conciencia histórica americana. Si la tierra es un elemento indispensable para afirmar la persona, ¿qué otro título, qué otra justicia ha menester el hombre para vincular la tierra a su propio destino? Aquí es donde George es realmente grande y acreedor al profundo respeto de todas las gentes. Nadie que desee para los pueblos una vida más alta, más digna y más afirmada, podrá disentir con el enérgico postulado.

Donde es posible seguir al maestro sin riesgo de convertir en pedestre comedia el feliz arrebató de su espíritu generoso, es, sin duda, en el procedimiento que nos propone. Distinguir estos dos aspectos de su obra, lejos de ser un afán de restarle méritos, es empero, de alta justicia, porque importa poner a salvo lo que ella tiene de inapreciable valor, separándola de la ganga que sólo es útil para las actividades del comité. Cabía esperar que después de aquellas palabras se reafirmase la legitimidad de la confiscación inmisericorde, inmediata y directa de toda la tierra. Tal es la disyuntiva de hierro que ellas suscitan. «Satisfaríamos la ley de la justicia y haríamos frente a todas las exigencias económicas — nos dicen las últimas páginas de su obra fundamental, — si aboliéramos de un golpe todos los títulos privados declarando la tierra propiedad común», ya estamos en el punto en que la conciencia va a ser o no ser. Mas he aquí que de pronto el crítico formidable, vacila, se asusta y retrocede, presa de pánico indescriptible. El que dijo «quiero seguir únicamente a la verdad a donde quiera que ella conduzca», detiene sus plantas y cierra los ojos. ¿Qué ha visto delante de sí? ¿El fantasma de la violencia? ¿Qué bromas pesadas gasta la verdad en ciertos momentos! Seríamos justos aboliendo de un sólo golpe la propiedad privada, pero... pero... por ahora eso no es conveniente. Es realizable como proyecto, mas «eso traería consigo una ofensa innecesaria a las costumbres y modos de pensar de la actualidad».

Una prudencia sanchezca le fuerza a no contrariar la corriente. «Contra ella los rozamientos son mayores y es más lento el progreso». Nada de rozamientos, entonces. Los intereses creados no serán abatidos de golpe, sino de «modo más sencillo, fácil y sosegado». Las antiguas formas son más propicias que la cirugía revolucionaria para hacer efectivos los grandes cambios sociales. Tras el consejo, el expediente de sello yanqui: «Permitid a los particulares que la tienen ahora conservar todavía, si gustan, la posesión de lo que se complacen en llamar su tierra. Dejádles que sigan creyéndola suya. Consentidles comprar y vender y que la donen y la leguen. Podemos de seguro dejarles la cáscara si tomamos la nuez. No es preciso confiscar la tierra: basta la confiscación de la renta». He aquí la sorpresa genial que nos reservaba después de la labor crítica tan seria y tan ponderada; después del énfasis y de la frondosidad de adjetivos y signos de admiración.

Confisquemos la renta... Esto no ha debido ser escrito en las páginas de un libro; ha debido ser dicho en voz baja, al oído, como se dicen las cosas vedadas y vergonzantes. Pues, nada como esto da la sensación de una empresa ilícita y deshonesta. Entraremos a la casa del amo por la puerta trasera, mediante una ganzúa que nos dará el partido político, y, aprovechando el confiado descuido de aquél, le comeremos la nuez y le dejaremos la cáscara. Con lo cual el ingenuo se quedará tan contento como en el tiempo de los patricios... a lo menos hasta que no sienta hambre y deseo de comer de su fruto, y las cuestiones sociales quedarán allanadas en bien de todos «los oprimidos y envilecidos» del mundo.

¡Siempre lo subrepticio! No basta tener un derecho, no basta saber que la tierra es de todos, para afirmar el derecho y para gozar del tesoro. Es preciso hacerlo con engañifas y trapisondas, de modo indirecto, como se adquiere lo ajeno. Frente a esto, la invención pueril que consiste en hacer ver el pajarito al que posee la golosina para arrebatársela al descuido, tiene a su favor, no sólo la prioridad en el tiempo, sino la inocencia y la gracia de lo infantil.

Para terminar en este recurso, era indispensable detenerse a discutir y alegar el derecho a indemnización?

SAUL TABORDA.

(Continuará)



LAS MULAS DEL CAPITALISMO

«Si los intelectuales — dice Gorky en uno de sus últimos escritos, — comprendieran por lo menos que hasta ahora han venido desempeñando el papel de la mula del capitalismo, ya se habría logrado algo de gran importancia. Una sincera fusión del pequeño grupo de fuerzas intelectuales con la inextinguible masa de energías emocionales del pueblo, la armonía entre el intelecto explotado y organizado con la voluntad desorganizada pero sublevada, entrañaría, para el progreso de la cultura universal, un impulso de enorme fuerza y de velocidad fantástica.

«En pocas palabras, — añade; — los intelectuales del mundo están frente a esta grave cuestión, que exige una solución valiente: con el pueblo hacia la transformación radical de todas las formas de vida, o con el capital montando como guardia de defensa de un orden tambaleante».

La cuestión está, como véis, planteada en términos precisos y categóricos. No admite una segunda interpretación de parte de los interesados. Es de una claridad admirable.

Nuestros intelectuales, los intelectuales de todo el mundo, deben decidirse: con el pueblo o con el capital. Con la revolución o contra ella. Las circunstancias no admiten términos medios.

Nuestros intelectuales!... No creemos que tengan la valentía necesaria para adoptar una actitud franca y resuelta. Son los hombres del titubeo y del destefido. Parecen, pero no son.

Ellos — queremos referirnos, principalmente, a aquellos que figuran al servicio de la causa del pueblo, — no han hecho otra cosa que cuidar sus bolsillos y estar atentos a las conveniencias del momento. Malos revolucionarios, pero excelentes administradores...

Duele decirlo, pero es así, y en esta hora hay que hablar claro, alto y fuerte para que todos entiendan. Por lo demás, a nosotros, nada, ni en bien ni en mal, nos ata a ellos, ni nada les debemos, y podemos hablar, por eso mismo, con independencia de criterio.

¿Qué otra cosa han hecho, qué otra cosa hacen, en efecto, *nuestros intelectuales*, sino desempeñar, como dice Gorky, el papel, desgraciado y bajo, por cierto, de mulas del capitalismo?

¿Qué han hecho, qué hacen sino perpetuar con sus obras y su propaganda este régimen de iniquidad y de barbarie, defendiendo sus instituciones, sus leyes y sus hombres representativos?

¿Qué son sino lacayos, respetados, admirados y de lujosa librea si se quiere, pero lacayos siempre de los que mandan y de los frailes y de los canallas que sólo quieren hundir más y más al pueblo en la ignorancia y en la miseria para que no se capacite y se libere?

¿Qué intelectual argentino en estos momentos decisivos de la Historia, — exceptuando a los que militan en las filas más o menos revolucionarias (que otra vez veremos hasta dónde lo son), — ha dicho con altura, con coraje y con desinterés su palabra de solidaridad efectiva y de honda y sincera simpatía con el proletariado revolucionario del país y del mundo, y se ha puesto a luchar sin miedo?

¿Qué hombre o qué mujer ha escrito, sin tener en vista el éxito de librería y de popularidad, una obra que pueda considerarse una verdadera profesión de fe y que evidencie una posición espiritual firme frente a la hora actual?

¿Quién se ha animado, quién ha tenido la altivez de los que se llaman o se hacen llamar «avanzados», de imitar, algo más que en el papel, el luminoso ejemplo, pongo por caso, de los más grandes escritores de Rusia, o el de algunos de los hombres del grupo «Claridad» de Francia?

Porque — también hay que decirlo, — no basta afirmar: estamos con el grupo «Claridad», o con la revolución rusa, o con aquello otro, pues sabemos ya que el diletantismo y la moda han sido y son las características de la «intelectualidad argentina» y que muchas actitudes que asombran al gran público y muchas páginas, más o menos incendiarias, que las gentes aplauden con esa su candorosa e infantil ingenuidad, responden, por lo general, a un mariposeo mental sin trascendencia, a un desmedido afán de fácil nombradía, cuando no es, — como en el caso de algunos señores casi noveleros, — el certero golpe de hábiles y avisados comerciantes...

¿Y la hora exige algo más que adhesiones escritas y divertidas poses de payasos desocupados e histriones alquilables!...

Nuestros intelectuales... ¿Dónde está, de entre ellos, el hombre que en los instantes de peligro se jugó todo entero por la causa de la revolución y tuvo el *valor cívico* necesario para decir al pueblo la palabra que el pueblo esperaba, y le orientó con su ejemplo, y le ofreció su vida? Cuando la ola negra de la reacción capitalista, patrioterica y clerical, amparada por la policía, lo invadía todo y nos amenazaba más directamente que de ordinario, fué la juventud, — ¡qué juventud, si en este país no hay juventud!... — fuimos unos pocos muchachos libres los que salvamos la dignidad de esta pobre república nuestra. *Nuestros intelectuales* callaron cobardemente y siguieron escribiendo, en el resguardado silencio de sus despachos, sobre la revolución social... Y hasta sabemos el caso de uno de ellos — tal vez el que ha llenado más papel y es más conocido y leído, — que, ante el pedido de colaboración que le hicieran algunos jóvenes para una revista que editan todavía, y que puede considerarse avanzada, les dijo:

—«Miren, muchachos; yo no puedo escribirles nada. Ya voy para viejo y tengo que pensar en la gloria y escribir cosas que queden... Después se muere uno y en seguida lo olvidan»...

Nuestros intelectuales!... Y dónde está, dónde está el hombre de verdadera integridad moral, de alma fuerte y de conciencia limpia, sin dobleces, de una pieza, que se atreva ahora, a hablarnos y aconsejarnos como deben hacerlo siempre, a pesar de todo y de todos, los grandes, los *decentes* revolucionarios. Eso: ¿dónde está, entre ellos, el revolucionario *decente*? No es sabiduría, no es mucha ciencia lo que pedimos; reclamámosles decencia, integridad moral y valor cívico.

Y ¿a cuál de ellos puede la juventud argentina de esta hora llamar maestro? ¿Quién ocupa ahora el puesto de Almafuerte y de Agustín Alvarez? Porque — también hay que decirlo, — no basta escribir cosas bellas, obras más o menos orientadoras y originales, tener a mano tres o cuatro editoriales que inunden el país con libros, o gozar fama de loco para merecer ser llamado y respetado maestro por una juventud que tenga seso y sexo. ¡Ah, no! Es indispensable tener decencia y valor cívico e integridad moral, que es lo que aquí falta.

¿A quién podríamos llamar el Zola argentino? ¿Dónde está? No lo vemos, no lo vemos, y sospechamos que, como ocurre casi siempre, tendremos que hacer, se hará la revolución a pesar de *nuestros intelectuales*, que serán nuestros enemigos...

Romain Rolland, en su última obra, parece invitarles cuando dice:

«Aquello de que más carece el mundo hoy día son almas libres, caracteres firmes».

Atreveos, — agrega—, a separaros del rebaño que os arrastra. Todo hombre que lo es en verdad, debe aprender a quedar solo en medio de todos, a pensar solo por todos, y, si es necesario, contra todos. Pensar sinceramente, aún *contra* todos, significa todavía hacerlo *por* todos. La humanidad necesita que quienes la aman le hagan frente, y cuando es pre-

ciso, se rebelen contra ella. No la serviréis falseando vuestra conciencia y vuestra inteligencia a fin de adularla, sí defendiendo su integridad contra sus abusos de poder. Vuestra voz es una de sus voces, y vosotros si os traicionáis, la traicionáis».

Tememos que haya uno solo de *nuestros intelectuales* que acepte esa invitación, o la que últimamente les hacen en un valiente mensaje — cuya lectura encarecemos a los hombres libres, — France y Barbusse, al auspiciar la fundación en América del grupo «Claridad».

Sí, es harto difícil que las mulas de que Gorky habla sean capaces de abandonar el abundante pienso de que disponen, sin grandes fatigas y sin peligros, en el pesebre capitalista... Lo de pelear por la libertad, la justicia y la nueva civilización se deja para los locos, para los muchachos que no saben lo que hacen, porque no tienen todavía «experiencia» y no conocen «las necesidades de la vida»...

Mas no desesperemos: tal vez aparezca de entre ellos un hombre, todo un hombre... Quizás no sean, como parecen, mulas, nada más que pobres mulas hambrientas y asustadas...

JUAN ANTONIO SOLARI

Capital Federal, Marzo 1921.

DEL AMBIENTE

LA NOVELA ROJA

Fué un 1.º de Mayo. El enjambre proletario se apiñaba con zumbidos de colmena en la plaza pública indicada para la celebración del mitin. No tardarían ya los oradores en ir subiendo por turno a la tribuna. Continuaban desembocando por las cuatro calles convergentes grupos entusiastas de hombres acompañados, de trecho en trecho, por mujeres y chiquillos.

De pronto se oye el redoblar de los cascos de una caballería que avanza al galope, al compás de un conocido ruido de sables.

Es un escuadrón de soldados de corpulenta talla; rostros morenos curtidos al sol, de facciones indígenas, inexpressivos, duros como dioses aztecas tallados en piedra, montados sobre grandes y bríosos corceles de raza, con la carabina terciada a la espalda, el largo sable bailando en la cadena del cinto y en los ojos un extraño centelleo, semejante al de la pupila del jaguar en acecho de la presa. A la cabeza del escuadrón viene un oficial. Y adelantándose a ellos, el jefe. Este se encara con la multitud y acostumbrado al lenguaje y las formas rudas del cuartel, ordena imperativamente la disolución del mitin. El pueblo, que a veces ensaya aullidos de lobo, pero que casi siempre resulta cordero, tiene entonces la desgraciada ocurrencia de protestar vociferadoramente, con una de sus habituales explosiones de histerismo, contra la explosión de brutalidad del militar. Pero el jefe es un guapo, y como el guapo es siempre rey en tierra de flojos, él está acostumbrado a domar la fiera colectiva con su temeridad matona de nieto auténtico de Juan Moreira. Irritado por el desacato de la chusma (¡tan luego la vil plebe!), herido en su doble fuero de autoridad y de guapo, se encara entonces, fulgurante de ira con el pueblo, tratando de intimidarlo con su gesto y con su palabra: «O ustedes se marchan rápidamente de aquí, hijos de ... o yo los hago

salir a palos». Los más prudentes optaron por retirarse en el acto, previendo lo que iba a pasar. Pero los más exaltados prorrumpieron en gritos y silbidos. — ¿Silbarme a mí? — Y dirigiéndose al oficial ordenó: dispérselos inmediatamente a tiros. Al toque de clarín se inició el desbande, pero estaban muy excitados ya los guardianes del orden, y comenzaron a disparar sus rifles en todas direcciones.

¿Cuántos infelices cayeron en la masacre? Nunca se supo. Sólo se vió que las ambulancias recogían muertos y heridos aquí y allá, en las cuatro calles que se cortan en la plaza y que las víctimas habían sido heridas casi todas por la espalda.

Todos los circunstantes no habían huido, sin embargo. En un ángulo de la plaza podía contemplarse un cuadro patético. Un anciano de barba blanca y simpático rostro de clásico hidalgo español, había recogido en sus brazos el cuerpo ensangrentado de un niño de unos catorce años que presentaba un balazo en el cráneo. Un soldado se le aproximó con el sable desenvainado y casi pisándolo con su caballo.

—Qué hace usted que no sale de aquí.

—¡Bandidos!... No tuvo tiempo para decir otra palabra. El sable del chinón patrio, cayó como el rayo, fulminante, sobre la cabeza del viejo, produciendo el ruido seco de quien taja un coco de agua. Rodaron por la calzada el cadáver del niño enredado al cadáver del anciano.

Aquella escena tuvo un testigo silencioso. Un muchacho, un adolescente rubio y lampiño contemplaba con sus ojos claros desde el umbral de una puerta la terrible escena. Su figura inocentona había pasado desapercibida para los soldados hasta ese momento. El permanecía de pie mirando como hipnotizado los dos cadáveres que había visto rodar allí casi a sus plantas. La voz áspera de un sol-

dado que le ordenaba marcharse, sacóle de su tétrico hipnotismo y se fué, pálido, grave, silencioso como si llevara sobre su conciencia todo el enorme peso del inaudito crimen que habían contemplado sus ojos.

* * *

Señores:

Toda escuela de ferocidad hace discípulos. La ley del talión está en nuestras almas y en nuestras costumbres políticas más arraigada que nunca. Ojo por ojo, diente por diente: así vamos multiplicando el crimen con el crimen. Así vamos haciendo inamortizable la espantosa deuda de sangre en una sociedad que invoca a Cristo y resucita a Caín, que predica el perdón y practica el fratricidio. No se podía perder la semilla de aquella terrible crueldad inútil. Y floreció la venganza en el sensible corazón de aquel joven imberbe de plácidos ojos que sin haber dejado de ser niño, fué llevado por su línea trágica a convertirse en sangriento protagonista de un inolvidable drama histórico.

* * *

Habían transcurrido los días, los meses. Quizás se habían secado ya las lágrimas en los párpados de las madres, las hermanas y las viudas de los que cayeron en la masacre.

Pero no se había extinguido el fuego de la indignación en el pecho del pálido adolescente.

Un día...

Arrellanado muellemente en un suntuoso coche iba el autor de la famosa hazaña, por una de las calles elegantes de la ciudad.

De pronto un tremendo estampido llena de pánico a los transeúntes. Coche, caballos, cochero y pasajero yacen en un montón informe de sangre y de ruinas, de donde salen gemidos de muerte. Una motocicleta pasa por entre la multitud atónita, veloz como una exhalación.

La ventrada ciudad, que no se impresionó con el asesinato de los trabajadores, se sintió estremecida de consternación ante el asesinato de aquel hombre. ¡Clamó venganza contra el homicida! La policía desplegó todos sus mastines sobre la pista del autor del atentado y éste cayó al fin en sus garras.

Ahí está ya el criminal ante los jueces. Corramos a ver la figura lombrosiana del monstruo. Pero, qué desencanto: si había sido un niño con cara de serafín y ojos dulces de señorita. ¡No tiene veinte años cumplidos!

—¿Por qué mató usted?...

—Por vengar a las víctimas de la ferocidad de aquel hombre.

—¿Tenía usted algún pariente entre ellos?

—Todos eran mis hermanos; mi parentela es la humanidad sufriente.

—¿Mató usted entonces, por puro instinto de venganza?

—No, señor; por puro instinto de justicia.

Y ambos personajes, que se creen por igual árbitros supremos de la justicia, el uno castigando con la ley y el otro con la bomba, sólo son como dijo Almafuerce: dos anormales, frutos legítimos de una cristiana sociedad que practica el canibalismo.

Todos se hacían eco de la conducta ejemplar que observó durante los primeros años el homicida dentro de la cárcel. Hacía automáticamente cuanto se le ordenaba. Hablaba poco y pensaba mucho. De su rostro imberbe había desaparecido para siempre la alegría. Era demasiado grande el tributo que había pagado a la humanidad escarnecida. Dar la vida no es tanto como sacrificar toda la juventud en esa larga agonía del presidio. En premio de su buen comportamiento, se le pasó después de la penitenciaría al helado presidio de una isla glacial, semejante a aquella blanca Siberia convertida en infierno humano por la Rusia negra de los zares.

La tuberculosis no tardó en minar su débil organismo. —«Llévame a otro clima donde pueda curarme, pues entiendo que no me habéis condenado a muerte ahorrándos el verdugo».



Detrás de la cruz, el diablo. Detrás de la toga, el gran señor Tragaladabas (el capitalista) mandando en jefe. «Mantenedle en su puesto», — dice Tragaladabas, — refiriéndose, como es natural, al trabajador. (Del «N. Y. Call»).

Y no fué oído. Pidieron, clamaron a su vez los leales amigos por que el preso fuese simplemente restituído a la penitenciaría donde le correspondía cumplir su sentencia; pero, ¿quién va a prestar oídos a gentes que se interesan por un monstruo?...

Y continúa en pie la estúpida escuela de ferocidad puesta al servicio de los de arriba que ha de hacer tantos buenos discípulos en los de abajo.

* * *

¿Pero dónde se desarrolla esta novela? ¿En la Océania? ¿En el Africa, o en los pueblos de la joven América que yacen aún bajo el yugo de dictadores asiáticos?

No, señores: esto pasa aquí mismo, en nuestra propia casa, en nuestra idolatrada tierra argentina.

¿Qué, también tú lector, te encoges de hombros desdefiosamente, frente al crudo realismo de esta novela?...

Está bien, quedaos encerrados en vuestro feroz egoísmo como el troglodita en su cueva, pero esperad la cosecha de vuestra criminal indiferencia.

No preguntéis mañana como aquella dama que en papel

perfumado le preguntaba hace dos años a Gorky: «¿Por qué el buen pueblo ruso se ha transformado súbitamente en una fiera ávida de sangre?»

¿Por qué?

Esperad, yo me anticipo a contestaros también a vosotros los que vivís en el Limbo del infantilismo mental más triste, con las evangelizadoras palabras del mismo Gorky.

«Los días de expiación de vuestra criminal indiferencia han llegado. Lo merecéis...

«Señora: ¿queréis saber lo que le ha pasado al pueblo? Ha perdido la paciencia...

«Hablando francamente, ¿en qué podía convertirse el pueblo sino en una fiera? ¿Qué habéis hecho para que no sea así? ¿Le habéis inculcado algo razonable? ¿Habéis sembrado la menor semilla de bondad en su alma?...

«¿Cómo podéis buscar la piedad en un corazón en el que habéis sembrado la venganza?

«Querida señora; ¿estáis completamente persuadida de que tenéis derecho a exigir que se conduzcan con vos co-

mo un ser humano, siendo así que vos misma, durante toda vuestra vida, habéis carecido de piedad para vuestro prójimo y no habéis reconocido en él a vuestro igual?...

«Un pueblo que los agentes de policía han pateado, será capaz a su vez de patear también el cuerpo de los otros.

«Todo se comprende donde vos, señora, y la sociedad habéis permitido sin protestar que el hombre sea violentado en todas formas. *Los hombres son hoy más profundamente sensibles que hace cincuenta años a la bofetada que vuestro padre dió entonces a su lacayo.*

«No exijáis de los hombres lo que no les habéis dado. No tenéis derecho a la piedad, porque la piedad a vosotros os es desconocida».

¿Sonreís todavía, después de escuchar las sabias y prudentes palabras del noble apóstol, y os negáis a tomar en cuenta la lección de la experiencia ajena? Lo siento mucho, señores, por vosotros y por vuestros hijos.

JULIO R. BARCOS.

«NOVELA DE LA JUVENTUD»

Las mujeres cobardes, por Herminia Brumana. Bien merecido el éxito creciente que van obteniendo los editores de esta simpática novelita semanal. El se debe al buen sentido de selección en cuanto a las firmas y asuntos de interés sentimental que distingue a esta publicación del resto de las de su especie. La autora de *Las mujeres cobardes* es una de las contadas figuras femeninas que se destacan en nuestro ambiente nacional por la originalidad y vigor de su bello talento literario.

Ninguna mujer con dos onzas de cerebro debería dejar escapar la lectura de la sencilla y humanísima narración de la señorita Brumana.

De su contenido darán una ligera idea estos párrafos con que la autora epiloga su cuento:

«Justa contigo misma, por reflejo lo serás con los otros.

«Esta es la historia de una mujer cobarde. La he escrito a nombre de los hijos de las mujeres resignadas, cuya íntima protesta he comprendido.

«De esos hijos que sufren junto a la resignación que es la muerte, ellos, que por ser jóvenes quieren vivir junto al amor fuerte y a la vida llena de verdad.

* * *

«No faltará quien comente, — ¡hay tanta gente cobarde! — que esto es ir contra las costumbres y la moral de una sociedad entera. No me interesa. No me importa, mejor dicho, quisiera que esta historia, que todo lo que yo escriba o escribiere siempre, sea una incitación a la verdadera vida y al amor amplio, aunque significara ir en contra de todas las costumbres, de todas las morales, de todas las sociedades. Porque yo también he soñado que de la colosal hoguera de una quemazón hecha con todos los códigos, resultaría un penacho de fuego blanco, puro, que llegaría al mismo Dios.

- Actuación de la mujer moderna -

LO QUE PIDE UNA MUJER

La escritora americana Ellis O. Jones, en un magistral artículo publicado en «The Call Magazine», sostiene que ahora que las mujeres de los Estados Unidos han salido de su condición de muñecas para ganar acceso a la arena política, deben poner su ambición más alta que la de los hombres.

«No tenemos que detenernos vacilantes en el umbral frotándonos los ojos y preguntándonos: ¿qué haremos ahora? Para responder a esta pregunta en detalle, serían necesarios muchos volúmenes, pero responder en la forma más amplia y sintética, sólo exige una palabra, y esta palabra es: *Todo*. Cualquiera que sea la labor a desempeñar, la mujer debe hacer su parte. Todo debe ser hecho como si nunca hubiera sido hecho antes. Todo está por hacer y los hombres y las mujeres deben laborar juntos, pues, ni aún las energías combinadas de hombres y mujeres son bastante potentes para hacer frente a algunas de las grandes y críticas cuestiones sociales que ahora piden solución».

Y más adelante dice que: «todas las mujeres inteligentes saben demasiado que el voto en sí es la más insignificante de las funciones políticas». Que no es el voto lo que interesa, sino la voluntad y la idea que están detrás de aquel voto y que si los discursos, programas y artículos de los partidos políticos militantes, «han de tomarse como verdadera expresión de la inteligencia política nacional, entonces es innegable que hemos descendido a un grado muy bajo de civilización». «Parece que hemos llegado a una etapa en que el hombre ha perdido su idealismo, su imaginación, su fe en el porvenir». Desorientación, codicia, sed de sangre, imprevisión: todos estos son síntomas de degeneración, señalados por la bizarra escritora, quien agrega que si no estamos en medio de una revolución, estamos al menos en una atmósfera revolucionaria y que son las mujeres las únicas que tienen hoy reservas de entusiasmo y de amor a las manifestaciones más vitales de la especie para contrarrestar en un esfuer-

zo gigante los males que ha acarreado al mundo la actuación exclusiva del factor macho en el desenvolvimiento social.

Termina Ellis O. Jones afirmando que «aunque las mujeres a la luz de la experiencia han de demostrar sin duda alguna que están más capacitadas que el hombre para ciertas funciones públicas, en términos generales deben ocupar por lo menos la mitad de los cargos municipales y nacionales». «Por lo menos la mitad de los cargos de senadores y diputados debieran ser asignados por la ley a las mujeres». «Una buena ley que debiéramos tratar, desde ahora mismo, de imponer, sería la de exigir que de los dos senadores que cada Estado tiene derecho a elegir, uno fuera un hombre y el otro una mujer». «Por lo menos la mitad de los jueces de la Corte

Suprema debieran ser mujeres, y por lo menos la mitad, también, de cada consejo municipal, de cada junta de instrucción y de cada uno de los otros cuerpos deliberantes». «Y aún en el Ejecutivo, en lugar de resignarse las mujeres a elegir un presidente, un gobernador, deberán pedir que se reforme la ley en el sentido de que sean dos presidentes y dos gobernadores, para que uno de ellos sea siempre una mujer». «Esta indicación hará reír a muchos, pero la presente con toda seriedad». «La formulo no sólo como una indicación, sino también, como simbólica de la extensión en que la mujer debe ahora entrar en el desempeño de sus responsabilidades cívicas». «Adelante, mujeres de América; no os quedéis en el umbral».

UNA VETERANA DEL MOVIMIENTO OBRERO, VISITO MEJICO POR INVITACION DEL GOBIERNO.

Mother Jones, espléndida luchadora por la causa proletaria, que hace poco cooperó brillantemente en la gran huelga de los obreros de Virginia, ha sido invitada por el gobierno de Méjico para que visitara el país en calidad de huésped oficial de la nación.

El general Antonio Villarreal, secretario de agricultura, le envió personalmente la invitación y el dinero necesario para el viaje.

Un automóvil especial, juntamente con un comité de recepción, fué a recibirla a Laredo, con ho-

nores que sólo se suelen rendir a los embajadores. La noticia de la llegada de la intrépida mujer se extendió rápidamente por todo el país, y en seguida le llovieron invitaciones para conferencias, entre las cuales venía una de los «ex bandidos de Zapata», residentes en el Estado de Morelos.

Además de las muchas fiestas organizadas por los trabajadores mejicanos en honor de Mother Jones, la Universidad Nacional y los diputados socialistas concertaron una serie de conferencias auspiciadas oficialmente.

MUJERES CRIOLLAS EN SUBASTA PUBLICA

Si los argentinos y paraguayos y brasileños no pueden vanagloriarse porque en sus países la mujer aún no conquistó el derecho político ni civil, pueden, en cambio, glorificarse porque la mujer argentina y paraguaya y brasileña es vendida en pública subasta en pleno territorio de sus respectivas patrias...

Parece que las bandas bañadas por el río Alto Paraná, no pertenecieran a los estados que han estipulado en las Cartas Magnas que los rigen, que en el suelo de la jurisdicción de ellos no habría más, desde el momento de esa declaración, un sólo esclavo, pues la mujer que desgraciadamente debe vivir en aquellas regiones es tratada por los todopoderosos del lugar poco más o menos como en la época feudal, con la única diferencia sería de que hoy no se les marca, con el hierro candente, las iniciales de su dueño...

* * *

El desdichado que se ve obligado por las circunstancias que le rodean a vender su libertad por el anticipo que se ofrece, en cambio de trabajo a efectuar, en los obrajes o yerbales, busca los medios de

hacer menos penoso el encierro que debe sufrir en los bosques, — quizá por cuántos años, debido a que jamás se consigue pagar el anticipo, — en medio de las más horribles privaciones. Es así como se hace acompañar por una campesinita lugareña, lo que, lejos de desagradar a los empresarios, constituye por sí una garantía, porque el criollo, que suele ser todo corazón, prefiere sufrir los más crueles males antes que abandonar a su compañera de vida, y esto conviene, pues de esa manera se lo tiene sujeto y se puede contar con su trabajo.

Mas cuando el dolor del desgraciado esclavo llega al máximo del límite soportable y se mata o fuga, o al intentar evadirse es asesinado, su mujer es tomada como prenda por los directores del obraje o yerbal, quienes inmediatamente citan a sus peonadas ante quienes exponen la situación de la cautiva.

El peón que desea obtenerla, debe hacer anotar previamente en su libreta de «deudas a la empresa», la suma que adeudaba el fugado o muerto, es decir, se remacha a sí mismo otro eslabón más de la cadena de la esclavitud, y pasa a ser «dueño» de la infeliz mujer... Y así, la pobre campesinita, cuya voluntad es negada por completo, corre de una

mano a otra como simple mercancía entregada al mejor postor.

* * *

¿No significa esa práctica algo así como un crimen, como un crimen de la categoría del especificado en el artículo 15 de la Constitución Nacional

Argentina, y un atentado contra la determinación del artículo 24 de la Constitución Paraguaya, lo mismo que una negación al espíritu del artículo 72 de la Carta Magna Brasileña?...

SANTIAGO M. TALIA.

LA VIUDA DE UN GRAN HOMBRE

No resistimos a la tentación de reproducir en estas columnas una carta abierta publicada en un diario de la Asunción, cuya autora es la que fué fiel compañera de aquel formidable hombre: Rafael Barrett, quien herido por una de las tantas plagas generadas por el sistema actual de vida, buscó en el Paraguay un poco de oxígeno para sus pulmones enfermos...

Panchita López Maiz lo conoció allá, en pleno trópico, en plena lucha contra los desalmados negreros «dueños» de los yerbales y obrajes y de la vida de los desgraciados parias que trabajan en ellos. Su verbo cálido y rebosante de verdad, la sedujo y desde entonces no vaciló en brindarle su afecto, su cariño, su amor todo... y unidos para siempre, batallaron juntos, sufrieron juntos...

De aquella unión nació un niño que ella educa con entusiasmo, un sér traído al mundo, no para la simple propagación de la especie, sino para su perfeccionamiento, para el perfeccionamiento soñado por su padre y por el cual apuró — al decir de Armando Donoso, — la luz de su lámpara, consumiendo precipitadamente su aceite.

Esa mujer valiente y madre digna, sigue aún hoy las huellas trazadas por el que fué su compañero; por eso se yergue altiva, en defensa de una hermana ultrajada, ante los «hacedores de justicia», para enrostrarles su embuste.

La cuestión que trata su carta es de interés regional, más eso no es óbice para que dejemos de reproducirla como muestra de uno de los frutos de la semilla fecunda sembrada por el autor de «Moralidades Actuales».

He aquí la carta:

Asunción, Febrero 3 de 1921

Señora Angelina de Audibert.

Querida hermana:

Sumamente indignada por la actitud que asumen contra tí ciertos seres que se creen hombres y que ni visión tienen de ello, te dirijo esta carta. No la hubiera hecho, porque soy de opinión que las palabras se toman según de quién vienen, y como estos que te atacan no pueden dar más de lo que tienen, ni ser más de lo que son, los iba a dejar hacer, pero es el caso, que era yo la que abonaba las cuentas en esos días que transcurrieron después del asesinato de Audibert; primero por ahorrarte molestias, y segundo por respeto a tu dolor; y esto le consta al tal Capurro, puesto que a él le hice bajar la voz, cuando fué a casa a anunciar a gritos que le iban a hacer la autopsia a Audibert, y lo hice por evitar que te enteraras hasta de ese espantoso trance. Volviendo al asunto, debo decirle al juez que miente,

porque no se presentó ningún hojalatero a cobrar, y mal puedo yo lograr a un obrero cuando he acompañado siempre a mi finado esposo Rafael Barrett en sus ideas de defensa de la clase obrera, y muchas veces contra jueces! Y además, ¿no debe esa cuenta, correr a expensas de la justicia, por haber ella ordenado la autopsia?

Mal puede hablar de una ínfima suma, cuando por el embalsamamiento, transporte y entierro del cuerpo se ha gastado como doscientos mil pesos, y todo por cuenta de nosotras, y sin necesidad de ninguna autoridad. Los recibos de las deudas pagadas los he entregado al abogado, para su presentación al Tribunal.

¿Quién es él, para juzgar de la verdad de sus sentimientos? Será por amor a Audibert a quien llama «ilustre hombre» simuladamente, o será por amor a la verdad? Debe ser por lo último seguramente, al menos, parece tan justo...

Es de verdad tan verídico, que varias veces dice homicidio, y ha sido asesinado! y premeditado, y alevoso! Y lo dice por hacer creer que José Ignacio González lo ha matado por celos (¡qué infamia!) al doctor Audibert.

El Superior Tribunal apreciará la moralidad de este subalterno, que deshonor a la justicia del país y carece del más elemental sentimiento, al burlarse del dolor de una esposa victimada! Un juez debe ser antes que nadie ejemplo de decencia y de una moral intachable, ¿se ven estas dotes en su escrito?

Hace muy bien en decir que no lo conoce a mi hermano el señor José López Maiz, no puede conocerlo, es el polo opuesto a semejante caballero, felizmente José López Maiz no ha manchado el apellido que lleva.

¿Y son estos los hombres, los caballeros que empuñan el cetro de la justicia de la Nación?

Déjalos, Angelina, que te insulten, que te calumnien; déjalos que se embadurnen en su propia tinta, ya habrá una justicia que los limpiará. Tienen valor contra tí, porque te creen sola; se equivocan: somos muchos los que velamos por tí, y además no hay victoria sin lucha, y la tuya será recia, pero triunfarás.

Pronta estoy, pues, a probar que no se ha presentado ningún hojalatero con la mentada cuenta.

Cariños de tu hermana,

Panchita L. M. de Barrett.

¿Cuántas Panchita de Barrett ha menester el Paraguay! ¿Cuántas como ella necesita la Humanidad para su transformación! Sí, como ella que no sintió el vano escrúpulo — que sienten los débiles, — de abandonar los privilegios de su elevada casta social para acompañar al gran bohemio en su cruzada redentora por el corazón del continente!...

CRONIQUELLA INTERNACIONAL

Por DEMESIO CANALES

El gran duelo

Mirad. ¿Qué véis? La huelga más grande que han presenciado los siglos. Minas y más minas inundadas; toda la riqueza de una gran potencia amenazada de inminente ruina.

Y si no habéis leído la prensa de estos días, recordáis en seguida los bolegramas de Helsinsfors y Copenhague, y exclamáis: ¡Pobre Rusia!... ¡Esos bolsheviquis!

Pero viene un muchacho y os pone en las manos un diario cualquiera y... ¡oh sorpresa! En sólo quince días lo blanco se ha vuelto negro y lo negro blanco; los que parecían sacudidos por un terremoto, están quietos y en paz, y los que parecían tranquilos, como pasivos espectadores de una gran película, están en pleno vendaval.

No, no es Rusia la epiléptica de ahora. Es... ¡parece mentira! — Inglaterra, la grande, orgullosa, inmovible sede del capitalismo.

¿Qué ha pasado para que en tan corto tiempo presenciemos tan inusitado y grandioso cambio de decoración? Nada.

Un poco más de conciencia en los de abajo, que lentamente han ido aprendiendo la sencilla lección que desde tiempo inmemorial les venían dando los de arriba. Estos, los de arriba, poniendo al dios Tanto por Ciento por encima de las más altas consideraciones de humanidad, redondearon innumerables veces su hacienda y su vientre, apelando al recurso fácil pero horrible del cierre de fábricas, talleres, obras en construcción, etc. Los artículos han escaseado en seguida, los precios han subido, el público se ha reventado, los hospitales y cárceles y cementerios se han llenado... pero un humito tenue y aromado de auténtico habano que se escapaba en graciosa espiral de la boca amable de un plácido e irreprochable señor de aquí o de allá, denunciaba a la legua que, de todo aquel infierno de miseria y dolor que salió del tal cierre, el plácido señor amable de ademán e irreprochable de conducta había derivado pulcramente cuantiosas ganancias.

Y el buen negocio se repetía, se repetía. Y un día llegó en que los de abajo comenzaron a darse cuenta de que si los otros podían cerrar sus puertas, ellos podían también cerrar sus brazos... y dió comienzo el duelo a muerte, este duelo terrible, más feroz que ninguna guerra, de cuyo desenlace depende que la actual civilización evolucione o muera.

Ahí está en la arena la Triple Alianza. Es también fruto de la lección de los de arriba aprendida por los de abajo. Desde tiempo inmemorial la historia nos presenta a las casas reinantes y a las castas gobernantes formando estas alianzas, pactos, convenciones, ententes, para ofrecer un solo frente al enemigo y arrollar todo obstáculo. Hasta que, de tanto repetirse el fenómeno, los de abajo cavilaron y aprendieron; y como los de abajo son tantos, de sólo comenzar tímida y torpemente a ensayar la lección... ya lo véis: bastó que bajo el cielo de Inglaterra se tendiese el sombrío y torvo nubarrón de la nueva y plebeya alianza de descamisados, para que el mundo todo se muestre alarmado y siga, con mayor curiosidad quizás que las peripecias mismas de la guerra, las peripecias de esta escaramuza original... que puede terminar mañana mismo en tal o cual arreglo o transacción, sin que ello signifique, a lo sumo, más que una mera tregua, pasada la cual, la terrible contienda volverá a comenzar. Porque el duelo es a muerte...

Los dos inventos

Dos monstruos de guerra colosales ha inventado el genio de Inglaterra en los últimos años. Uno: el llamado *tanque inglés*, que tanta confusión y espanto llevaba a las filas enemigas.

Otro: la Triple Alianza.

Con el primero batió y echó por tierra a su más poderoso rival y enemigo. Con el segundo... con el segundo su empuje será tan formidable, que no quedará ya ni en la tierra ni en el mar quien se atreva a llamarse su enemigo. ¡Hurra por Inglaterra!

La ofensiva griega

Fué veloz y brillante como un rayo la entrada del ejército griego en tierras de Turquía. Pero parece que más veloz y brillante todavía va a ser su retirada.

Lo que puede ocurrir

Se pone feo, más feo cada día, este asunto del fandango greco-turco. Si los griegos pierden la partida — como parece probable, — ¿no es lógico suponer que los turcos

han aprendido bastante ya de las cristianas maneras de los aliados para con los vencidos, para no tomar la revancha invadiendo a su vez el suelo de los invasores? Y si esto ocurre, ¿no está Bulgaria detrás de los turcos esperando su hora para vengar recientes agravios? Y moviéndose Bulgaria, ¿se van a quedar quietos los demás pueblos balcánicos? Y como donde hay zamba están los aliados, y donde están los aliados los bolsheviquis no las pueden tener todas consigo... ¡imaginaos el belén que se puede armar de la noche a la mañana! Toda una segunda edición, corregida y aumentada, de la guerra mundial de tan dulces recuerdos.

Es decir, no, no se va a armar nada; no se puede armar nada: tranquilizaos; no recordaba yo que ahí está, velando amorosa por la paz del mundo, la angelical, la inefable Liga de Naciones.



Mustafá Kemal, el que ha toreado mejor a los Miuras del imperialismo

El Bolívar de Gómez

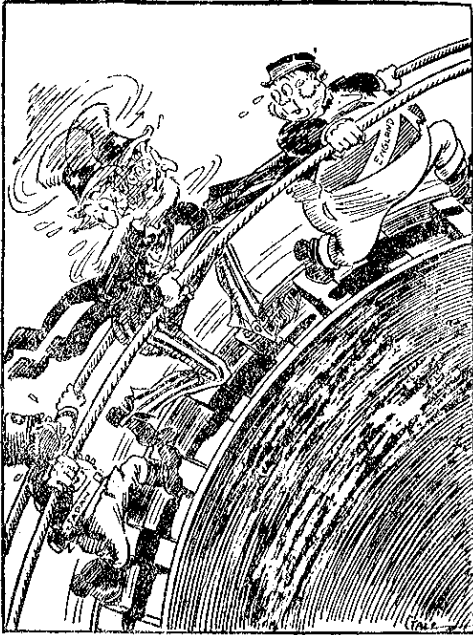
Los venezolanos van a tener el gusto de ver alzarse la estatua de Bolívar en Nueva York. Ya los dos gobiernos, — el de Venezuela y el de Estados Unidos, — están de acuerdo para solemnizar con toda pompa el gran suceso.

¿Quién lo hubiera creído! Bolívar, el padre de la independencia de América, conducido a Nueva York por Juan Vicente Gómez, el tirano más chacal de América.

Y el gobierno americano, que se ruboriza tanto ante la idea de tener nada que ver con Rusia, por la sola razón, según dice, de que este país no ha respetado los «sacrosantos principios democráticos», se muestra encantado de tratar con Juan Vicente Gómez, y ayer mismo (11 de Marzo) fué toda una señora comisión del Departamento de Estado a dar la bienvenida al representante y enviado especial de Venezuela, señor Borges. ¿Qué tal?... La dictadura del proletariado es cosa del mismo demonio y hay que hacerle la cruz. Pero la dictadura del señor Juan Vicente, que, si bien tiene a media Venezuela en la cárcel y a la otra mitad rezándole al Santísimo por que le mande un cólico miserere, se ha conducido siempre con rumbosa liberalidad para con las empresas yanquis (concediéndoles sin mezuquinos regateos, toda suerte de gangas y facilidades para hacer su agosto con las riquezas del suelo y el subsuelo de la patria), claro está que ya es harina de otro costal.

Henry Dubb

Del «Daily Herald» es esta nota. «Uno de los impuestos al rico ¡oh, Henry! (en Inglaterra llaman al obrero servil e inconsciente Henry Dubb) que iba a reconciliarte a



La ola giratoria del navalismo internacional. — (Del «Times», California).

tí con la idea de ser exprimido del todo tú mismo, era la contribución ad valorem sobre los cigarros habanos. — Esto, — decía, entusiasmado, el ministro del Tesoro, — nos producirá alrededor de millón y medio de libras al año. ¿Ha resultado así? No, Henry, no ha resultado así. Los caballeros del cigarro habano han apelado a la acción directa. Invitados por un cortés Canciller a pagar algo de su bolsillo para contribuir a los gastos requeridos para conquistar el mundo para la democracia, — que es lo mismo que decir «para ellos», — se declararon en huelga. Se han dedicado a la pipa y al cigarrillo... o, quizás, al chewinggum. Y el tal impuesto sólo va a rendir unas 300 mil libras. A usted, señor Henry Dubb, se le invitará a cubrir el millón que falta. Y usted no chistará. No, por Dios, no; ¡qué ha de chistar usted, si su nombre es Dubb!

El estado de cosas en Egipto

De cómo están las cosas en Egipto, nos da idea esta carta de Jorge Slocombe, corresponsal especial en París de un periódico inglés. «Las declaraciones que me hizo hace poco Zaghul Pachá acerca del nuevo plan de gobierno que ha recomendado para Egipto Lord Milner, representante allí del gobierno británico, declaraciones que fueron telegrafiadas a Egipto por el corresponsal en Londres de un periódico egipcio, han sido tachadas y suprimidas por la censura inglesa. — Las autoridades británicas en Egipto, — me dijo hoy Zaghul, — están tratando de interrumpir todas las comunicaciones entre Egipto y yo. En adición a la supresión de mis comentarios al report de Lord Milner, han censurado mi respuesta al mensaje que el pueblo egipcio me envió al cumplirse el segundo aniversario de mi deportación. Y, lo que es peor, se está apelando a toda suerte de medidas, persuasivas y coercitivas, para presentar a la nación egipcia como dispuesta a aceptar el plan de Milner y a entrar en negociaciones al efecto con el gobierno inglés».

¡Y quiera uno saber lo que pasa en el mundo por los cables!

La revolución Blanca

Es lástima que haya pasado ya la racha de cablegramas fantásticos con que nos inundaron desde Helsingfors hace unos días. Es lástima, porque era divertido. ¿A quién no le hace gracia el leer, por ejemplo, que en un pequeño pueblo de Rusia habían sido asesinados, de una sentada, mil quinientos comisarios del Soviet? Lo de Budeny también era muy pintoresco. Budeny, el famoso jefe de la caballería Roja, se había pasado con armas y bagajes a los rebeldes cuando iba contra Kronstadt obedeciendo órdenes de Trotzky. ¿Y qué decir de la fuga precipitada, de Lenin a Crimea, y de la caída de Moscú en poder de los contra-revolucionarios Blancos?

Mientras estas bolas circulaban por el mundo, he aquí lo que el corresponsal especial en Moscú del Daily Herald telegrafiaba a su periódico, con fecha 7 de Marzo: «Hoy he estado yo paseando por toda la ciudad y he visto sólo algunos policías, menos que los que suelen verse en lugares similares de Londres. De contra-revolución hay pocas señales, salvo que las autoridades han subido el precio de las carreras en trineo y que las zanahorias han aparecido de venta en las esquinas a 500 rublos la libra y las cebollas a 300. Anoche el Teatro de la Opera dió una función de gala en honor de Gelsner, danzante de fama universal, que cumple ahora veinticinco años. Esta noche el corresponsal americano que me acompañaba, se ha ido al teatro «Arte», dejándome a mí el encargo épico de defender a Moscú de la contra-revolución. A propósito; esta noche, viniendo del Ministerio del Exterior, pasé por la Plaza Roja donde está el Kremlin, y no advertí que hubiera cambiado de dueño. El centinela de guardia en el gran vestíbulo es, todavía, un soldado Rojo».

Cuanto a los móviles de tan chistosa fabricación de bolas de gran calibre, el despacho que sigue, remitido en igual fecha desde Riga, al mismo Daily Herald, está muy cerca de darnos toda la clave: «El Comisario Soviet de Relaciones Exteriores ha publicado su protesta oficial contra el Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra por esparcir lo que él considera como rumores falsos encaminados a perturbar las relaciones entre Turquía y Rusia y a influir en el ánimo del presidente Harding».



El capitalista, alias Tragaldabas (dirigiéndose al Trabajador): — ¡Arre, mulo!

El político reformista. — Vea, amigo, no vaya usted a impacientarse y a tirarlo al suelo: no se deje llevar de extremismos, que yo tengo en estudio un plan para convencerle a él de que pesa demasiado y debe adelgazar. — (Del «N. York Call»).

El pan preocupa más que el turco en Grecia

No es oro todo lo que reluce. No es sólo la expedición contra Turquía y los descabellados sueños de expansión venizelista, lo que embarga la atención de la masa del pueblo griego. Según leo en un diario inglés que acabo de

recibir, «en Atenas los salarios están bajando y los precios subiendo de un modo alarmante. El pan está a razón de 1.75 (dracma) por bollo de 2 1/2 libras. El promedio de jornales es sólo de 7 a 8 dracmas. La huelga de la semana pasada en Atenas fué puramente económica. El gobierno prohibió inmediatamente los mítines y concentró tropas en la ciudad. Entonces vino la amenaza de una huelga general ferroviaria. Fuertes demostraciones tuvieron lugar en Salónica. Y el gobierno cambió de táctica y gestionó un arreglo que concedía a los huelguistas todas sus demandas».

El brujo Lenín

Después que los sufridos lectores de la prensa gorda — de cuya credulidad infinita es poco cuanto se diga, — da-

ban a Lenín por fugado a Crimea y escondido allí en un barril de arenques, ahora resulta que le tenemos en Escocia. Los diarios de hoy (12 de Marzo), no dejan lugar a dudas sobre el particular. «Personas bien informadas nos aseguran que la agitación reinante en las regiones mineras de Escocia es debida a la propaganda de Lenín»... Esto, o cosa parecida, dicen y vuelven a decir los despachos últimos. ¡Jesús! ¡Qué hombre más estrafalario ese Lenín! Tan pronto se nos presenta con el agua al cuello y haciendo los imposibles por mantenerse en el Poder, cuando, sin más ni más, nos sorprende no ya sólo manejando a su placer los asuntos rusos, sino llevando su autoridad y su influencia nada menos que a competir con Lloyd George, en el corazón mismo de Inglaterra.

DE NUESTRAS LECTURAS

UNA IRREVERENCIA CONTRA NUESTROS SABIOS

Leyendo la interesante conferencia de Clemente Onelli sobre «Los microbios del corazón», publicada por las ediciones del «Ateneo» de los Estudiantes de Medicina, no hemos podido menos que persignarnos ante la inaudita herejía de los párrafos que van a continuación. No queremos creer que el popular director del Zóo, sea capaz de inferirnos la ofensa de sustentar, así, públicamente, que nuestros ilustres sabios no son sabios auténticos, sino una especie de lienzo pintado para decorar las paredes de nuestra casa intelectual-académica. Sépase el conferencista, que nosotros teníamos eso por oro puro y no por chafalonía; o al menos, por oro puro lo hemos pagado siempre con nuestros dineros de la nación.

«¿Ustedes saben en qué consiste generalmente un Congreso Científico? En un salón de 8 x 12, una tarima, una mesa y un vaso de agua como este; sesenta sillas, de las cuales treinta y dos vacías; en las otras, dos jóvenes bien peinados y después, calvas, muchas canas, mucho desaliño y una doctora, al parecer mujer, y que se agita más que todos los demás a juzgar por los movimientos de la gran pluma del sombrero que ya no está de moda.

«Reina soberana la miopía, y las pocas excepciones están substituídas por un juego de gafas para ver de lejos, para leer, para tomar apuntes y para observar las interesantes piezas científicas que se hacen circular entre las cincuenta y seis manos de sabios.

«En el fondo de la pared una sábana extendida, pero inmaculada, para el caso tan reincente de posibles proyecciones; y a un lado un cajón negro, algo entre el ataúd y el catafalco, dentro del cual chirrían sumisos dos carbones de una lámpara de arco, lista, para, a un signo del «cher maitre», arrojar sus luces de luz en la pantalla, ayuda, poderosa e iluminante de la escasa y oscura elocuencia del conferencista. Y los diapositivos, a pesar de los muchos ensayos previos, salen infaliblemente boca abajo y fuera de foco, turbando así, más aún, la intrincada y poco clara

alocución del relator de hechos asombrosos, el que opta por prescindir de esa ayuda y hacer callar el chistido importuno de los carbones incandescentes.

«Vuelve la melancólica y solemne faz a ese ambiente de cerebros unilaterales; el orador agradece el honor que le ha hecho ese arcópagó de ilustres sabios, venidos de todos los rincones de la tierra — dice él, — y se abre el debate sobre el asunto. La doctora, al parecer mujer, quiere aclaraciones determinadas, detalles más íntimos del fenómeno; confusamente se desprende que no ha entendido de la misa la media, pero por último se da por plenamente convencida y al fin se aprueba por unanimidad una moción del tenor siguiente, por ejemplo: «El « Congreso Científico vería con agrado que los go- « biernos de las varias naciones aquí representadas, « calculando los graves inconvenientes de la enfer- « medad del sueño, insinuaran a los negros del Con- « go la gran necesidad que habría de que dedicaran « sus energías a cazar la mosca T'se-tsé, sea con el « procedimiento del «buffach» (hojas pulverizadas « del piretrum del Cáucaso), sea a mano, según lo « hacía Diocleciano entre una batalla y otra, sea « con procedimientos autóctonos más conocidos en « el habitat de la plaga».

No hay ejemplos de que los gobiernos, que, sin embargo, han costado los gastos de traslación de sus sabios, hayan hecho nunca caso de las indicaciones de los congresos científicos. Los que son descubrimientos importantes y verdaderos, reales triunfos de la ciencia, no son conocidos por conducto de esos congresos demasiado unilaterales, y por eso de horizontes circunscriptos; es la humanidad entera que los toma por su cuenta y los aprovecha bendiciendo o maldiciendo, según los casos, al genio salvador o satánico que ha revelado el manejo de las fuerzas secretas de la materia o de la vida. (Metchnikoff, bendito seas, dicen los enfermos del estómago. Voronoff, maldito seas, dicen los presuntos herederos, enemigos de las glándulas intersticiales).